

**SOBRE LA**  
**CENTRALIDAD DEL**  
**TRABAJO**

TRABAJO  
TRABAJO  
TRABAJO

Una contribución a la tesis sobre la pérdida de la centralidad del trabajo plasmada en el documento «Nueva estrategia socialista» de Euskal Herriko Kontseilu Sozialista

# 1. A VUELTAS CON EL TRABAJO

Las diferencias teóricas no son nunca superfluas. Muy al contrario: el esclarecimiento teórico de la coyuntura, de la naturaleza y de los objetivos del movimiento revolucionario constituye —con tanta mayor importancia en estos tiempos de dispersión ideológica— una necesidad vital para reconstruir la vigencia política del comunismo. Como reza un famoso dicho atribuido a Lenin, «un milímetro de diferencia en la teoría se transforma en kilómetros de distancia en la política».

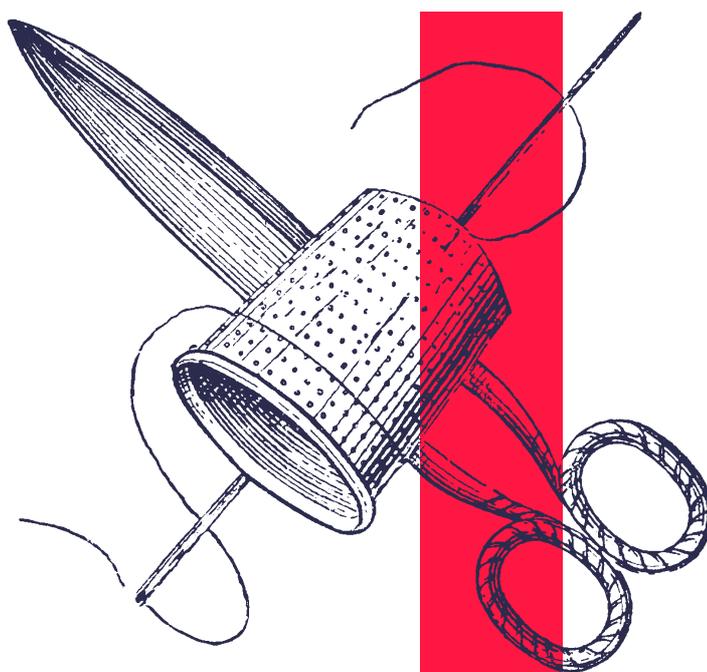
Por fortuna, parece que, tras un período de esterilidad teórica generalizada, la irrupción de nuevos actores en el movimiento comunista del Estado español comienza a sacudir la pereza intelectual de nuestro entorno. El ímpetu de ciertos sectores juveniles por la rearticulación de un proyecto revolucionario ha ido cobrando forma, durante los últimos años —y, por el momento, fundamentalmente dentro de las fronteras del Estado español—, en la génesis del Movimiento Socialista (MS). Aunque, dada su juventud, los límites ideológicos y organizativos del MS resultan todavía porosos, ciertas posiciones comienzan a perfilarse nítidamente sobre el fondo de su proyecto político.

En este sentido, la presentación del Consejo Socialista de Euskal Herria (EHKS), destinado a fungir como órgano de dirección política, referente y portavoz del MS, ha venido acompañada por la publicación de un primer documento público de carácter programático: la *Nueva estrategia socialista*.

En un movimiento comunista dominado por el sectarismo, el dogmatismo y el fetichismo de las siglas, este breve documento ha suscitado toda una serie de reacciones negativas, no siempre caracterizadas por la honestidad y el rigor deseables. Especialmente polémica ha resultado la idea de que **el trabajo** —piedra angular de la teoría y la práctica comunistas durante el último siglo y medio— **ha perdido su antigua centrali-**

**dad** en el entramado de la producción capitalista. Incluso el Secretario General del PCTE, principal formación “ortodoxa” del marxismo-leninismo español, tuvo a bien ofrecer una contundente respuesta contra esta tesis a través de sus redes sociales.

Pero, ¿a qué tanto revuelo? ¿Qué se juega realmente el movimiento comunista con la «pérdida de centralidad del trabajo»? ¿Cuáles son sus implicaciones políticas? La respuesta a dichas preguntas queda fuera del foco de este documento. Nuestro objetivo, más modesto, se reduce aquí a la discusión de un único problema: ¿qué hay de cierto en la afirmación del EHKS sobre la obsolescencia del trabajo en el marco de la sociedad capitalista actual?



## 2. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA Y LA TEORÍA DE LA CRISIS

**E**l análisis de coyuntura del EHKS ofrece, por sí mismo, un cuadro ilustrativo de la reflexión en cuyo marco cobra importancia este debate sobre la centralidad del trabajo. Podemos comenzar, pues, examinando la *Nueva estrategia socialista*, que caracteriza nuestro momento histórico de la siguiente manera:

“La coyuntura histórica actual viene determinada por la crisis estructural de la sociedad capitalista, una crisis que tiene carácter histórico. Su fundamento, que viene larvándose desde hace ya al menos medio siglo, está en que el trabajo ha perdido, y lo está haciendo ahora de forma acelerada, el puesto central en la estructura de la producción social. Éste ha sido desplazado por la tecnología, especialmente con el cambio histórico productivo que suponen la microelectrónica, la digitalización, la inteligencia artificial y la robotización. Con la preponderancia de la tecnología frente al trabajo, el trabajo privado está quedando obsoleto como forma histórica de organizar la producción y la distribución social.

Con la pérdida de centralidad del trabajo en la producción, y especialmente con la capacidad de las nuevas tecnologías de aumentar de forma automática su fuerza productiva, toda la sociedad de clases edificada en torno a la explotación del trabajo vivo humano se ha visto trastocada. En este contexto, la crisis histórica ha desembocado a una crisis económica recurrente, en un estancamiento de la tasa de ganancia real global y en una perspectiva de crecimiento para las siguientes décadas muy moderada e insuficiente en términos de mantenimiento del orden social burgués. La confluencia de este fenómeno histórico social con el agotamiento histórico material de gran parte de los recursos que habían permitido retardar el proceso en el ciclo posfordista de consumo de masas ha exacerbado la crisis en su forma económica y financiera (EHKS, 2023).

Este relato de la crisis capitalista bebe de varias fuentes y autores cuya influencia —no sólo teórica, sino también política— se deja sentir en la orientación general del MS: los dossiers de *Endnotes*, Robert Brenner, Aaron Benanav, Mike Davis o Andrés Piqueras, entre otros. Su obra constituye un puzzle ensamblado por el EHKS para dar cuenta de la naturaleza del capitalismo actual y de sus tendencias internas de desarrollo, así como, sobre todo, para fundamentar ciertas decisiones en materia de intervención política: la apuesta por una versión renovada del comunismo de consejos, el énfasis en el frente cultural o la idea de una brecha generacional marcada por su carácter de clase, por citar algunas de las más distintivas.

¿Dónde confluyen, pues, todos los hilos que el MS anuda en el cuerpo de su producción teórica? En una noción de la **crisis como tendencia secular del capitalismo**; o, a la inversa, en una noción del capitalismo como régimen de producción social destinado a socavar, tarde o temprano, sus propias condiciones de existencia. De hecho, sólo bajo este prisma cobra pleno sentido la afirmación de que «el trabajo privado está quedando obsoleto», así como, *a fortiori*, la tesis de que «toda la sociedad de clases edificada en torno a la explotación del trabajo vivo humano se ha visto trastocada». Necesitamos, por tanto, reconstruir conceptualmente el trayecto que conduce al MS desde la constatación de la crisis capitalista hasta la idea de la pérdida de centralidad del trabajo.

Para reducir el problema a sus rasgos esenciales, podemos identificar **tres piezas clave** en el planteamiento de los autores que sostienen esta postura: 1) una teoría de ondas largas, 2) una teoría “ortodoxa” sobre el capital y 3) una teoría de la crisis. Aunque estos tres elementos guardan entre sí una relación indisoluble, merece la pena examinar por separado cada uno de ellos.

# a. El desarrollo capitalista en la *longue durée*

La historia del capitalismo es la historia de un modo de producción cuyo proceso de nacimiento, maduración y extensión a escala planetaria abarca varios siglos. Desde la Baja Edad Media —con el ascenso de las repúblicas marítimas en el Mediterráneo— hasta el siglo pasado —con la apertura de las colonias al mercado mundial—, el desarrollo capitalista atraviesa un largo, complejo y contradictorio despliegue. Hace apenas unas décadas, de hecho, la mayor parte de la población mundial ni siquiera dependía del mercado de trabajo para sobrevivir (Benanav, 2014). Los procesos de acumulación primitiva (Marx, 2016: vol. I, cap. XXIV), que implican la separación entre los productores directos y sus medios de subsistencia, se prolongan hasta el presente y continúan originando nuevas formas de desposesión que arrojan masas trabajadoras a una dependencia económica más estrecha con respecto al capital.

Esto significa que, por debajo de las transformaciones técnicas, económicas y políticas que marcan el transcurso inmediato del capitalismo, un análisis más amplio puede delimitar también toda una serie de grandes etapas dentro de su evolución histórica a largo plazo. Las fuentes de este enfoque son variadas: podemos destacar la teoría del ciclo económico largo de Kondrátiev, su popularización en la obra de Schumpeter y, sobre todo, el concepto de la *longue durée* formulado por Fernand Braudel y la escuela historiográfica de los *Annales*. Más tarde, Ernest Mandel (1986) recupera el estudio de las ondas largas para temporalizar las grandes fases del desarrollo capitalista desde una óptica marxista, mientras que, por su parte, Wallerstein adopta el marco de Braudel para elaborar su análisis del sistema-mundo a partir de los años 70.

En esta misma línea, algunos estudios más recientes (Arrighi, 1994 y 2007; Brenner, 2006; Benanav y Clegg, 2014; Clover, 2016) ofrecen una caracterización de nuestro momento histórico que, por influencia directa o indirecta,

guarda grandes semejanzas con la del Movimiento Socialista (Arteka, 2020). El planteamiento de estos autores se proyecta, por así decirlo, en dos direcciones: una descriptiva y otra prospectiva. La descriptiva aporta un relato de largo recorrido por los ciclos de acumulación capitalista a escala mundial desde su nacimiento hasta hoy; la prospectiva, en cambio, arroja un diagnóstico de futuro basado en las particularidades de la coyuntura actual.

A nivel descriptivo, la idea básica de todos estos trabajos consiste en que, por debajo de sus fluctuaciones a corto y medio plazo en materia de inversión y rentabilidad, el capital atraviesa fases estructuralmente diferenciadas en el curso de su desarrollo histórico. Mandel, por ejemplo, adopta el esquema de Kondrátiev y señala ciclos expansivos y contractivos de unos veinticinco años, cuyo ascenso identifica con la consolidación de innovaciones tecnológicas.

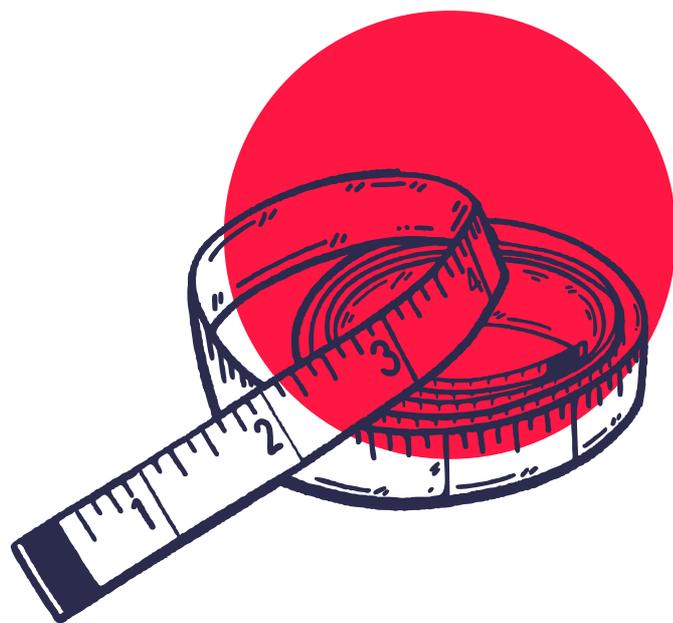
Sin embargo, la mirada de Arrighi y, con él, de Clover, apunta directamente a la historia entera del sistema-mundo capitalista. Bajo su óptica, la trayectoria del modo de producción capitalista sigue un modelo asimilable a lo que Marx (2016: vol. I, cap. IV) denomina «forma directa de circulación de mercancías»: el ciclo M-D-M o mercancía-dinero-mercancía. De este modo, la primera fase del desarrollo de cada ciclo de acumulación coincide con un momento dominado por la lógica de circulación; es decir, la relación M-D: venta de mercancía para la obtención de dinero o, en otros términos, realización del valor. Esta primera fase se presenta, pues, como una expansión inicial de la acumulación a cargo del capital mercantil. A continuación tiene lugar una expansión material de la economía-mundo, que, bajo la égida del capital industrial, aparece dominada por la lógica de producción; es decir, la relación D-M: compra de mercancía —fuerza de trabajo y medios de producción— para la obtención de una ganancia, o, en otros términos, valorización de las mercancías. Por último, el ciclo de acumulación, una vez alcanzados sus límites inmanentes, produce una fase de expansión financiera que, de nuevo, se caracteriza por el predominio de la relación M-D.

Para Arrighi, este esquema tripartito responde tanto a la historia del capitalismo en general

como, más específicamente, a sus sucesivos ciclos largos de acumulación. Esta dinámica secular presenta, además, un rasgo clave: cada ciclo avanza —especialmente en su fase de expansión industrial— bajo el mando de una economía hegemónica. Primero Holanda, luego el imperio británico y, a día de hoy, Estados Unidos.

La ironía del proceso estriba en que la fase de expansión financiera —que señala, entre otras cosas, el declive de la capacidad productiva del hegemón— produce un flujo masivo del capital excedente hacia un nuevo centro industrial en ascenso. De este modo, la expansión financiera de Holanda suministró el capital necesario para la industrialización de Gran Bretaña, igual que la expansión financiera de Gran Bretaña, desplazando su excedente de capital hacia focos de inversión más lucrativa, propició el ascenso de EEUU. Ahora bien: este mecanismo de desarrollo histórico plantea un problema de fondo. Aunque el hegemón naciente sea capaz de reiniciar el ciclo de acumulación a escala mundial, lo hace necesariamente sobre una base ampliada con respecto a su predecesor (Endnotes, 2015). De ahí, por tanto, que cada nuevo ciclo inicie siempre **desde una posición relativamente más cercana a los límites de su propia expansión**.

Esta reflexión conecta con el aspecto prospectivo de la teoría de los ciclos largos esgrimida, entre otros, por Benanav, Clover o Endnotes. De acuerdo con Brenner (2006), parece que el capitalismo vive un **período de estancamiento** del que no logra salir desde la crisis de 1973. Asimismo, los Estados Unidos se encuentran en un proceso de declive y financiarización que, por primera vez en la historia del sistema-mundo capitalista, no halla sucesor claro. Aunque el crecimiento de China ha sido meteórico durante dos o tres décadas, algunos indicadores clave —económicos, demográficos y ecológicos— sugieren que no posee la capacidad de renovar el ciclo de acumulación capitalista a escala mundial (Li, 2008 y 2016; Endnotes, 2010). En definitiva, todos estos factores sitúan al capitalismo contemporáneo en un *impasse* del que, para estos autores, no existe ninguna salida a la vista.



## b. Las leyes de movimiento del capital

El declive secular del capitalismo tiene un fundamento esencialmente económico. Los motivos que han conducido a un estancamiento de este calibre son, por tanto, coherentes con una teoría marxista del capital y sus nociones básicas. Aquí nos bastará, en cualquier caso, con señalar las cuatro o cinco claves conceptuales cuya influencia se deja sentir más directamente en el documento programático del EHKS.

Para empezar, el capitalismo aparece como un régimen económico caracterizado por la **anarquía de la producción**. La división social del trabajo toma la forma de una relación entre productores privados, mediada por el intercambio mercantil. El valor de las mercancías se constituye, así, en el mecanismo fundamental de regulación del cuerpo social, impidiendo la planificación económica y cediendo todo control sobre sus condiciones de existencia a las fuerzas del mercado. La ley del valor —de acuerdo con la cual las mercancías se intercambian según el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción— regula espontáneamente la distribución del trabajo entre las distintas ramas de la economía. **La competencia**, operando a través de la estructura de precios, hace que el capital se desplace de una rama a otra en función de las perspectivas de rentabilidad disponible.

Esta dinámica tiene, a su vez, un efecto clave sobre la organización del trabajo. Dicho brevemente, la competencia induce a los capitalistas individuales a introducir mejoras técnicas en sus procesos productivos. Como el valor de las mercancías depende del tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas, el capital que adquiere una ventaja comparativa gracias al desarrollo de una base técnica más avanzada que la del capital medio de su rama obtiene, por tanto, una ganancia extraordinaria: produce con un coste real inferior al de sus competidores, pero, sin embargo, recibe un precio de venta acorde con el nivel medio de productividad imperante. De ahí que el capitalismo tienda a revolucionar constantemente su propia base productiva, fomentando un desarrollo permanente de las fuerzas productivas a cuenta de la presión competitiva experimentada por cada capital individual.

Entre los efectos de este impulso al desarrollo productivo, mediado por la competencia, podemos apuntar dos consecuencias destacables: el aumento de la composición orgánica del capital y, como subproducto del mismo, una caída tendencial en la tasa de ganancia obtenida por el conjunto de la clase capitalista.

La composición orgánica del capital equivale a su composición de valor, en cuanto que determinada por su composición técnica (Marx, 2016: I, cap. XXIII); en otras palabras, a la proporción entre capital constante —medios de producción— y capital variable —fuerza de trabajo. La competencia induce a los capitalistas a innovar para mantener su posición en el mercado, ampliando la masa de capital constante a un ritmo proporcionalmente superior que la del capital variable. Como señala Marx metafóricamente (2016: vol. I, cap. VIII): «el capital es trabajo muerto que sólo revive, como los vampiros, chupando trabajo vivo, y vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupe». El ciclo de acumulación capitalista, en un movimiento contradictorio, expande siempre la masa de trabajo muerto a costa, precisamente, de su única fuente de nuevo valor: el trabajo humano vivo (Benanav y Clegg, 2018).

Esto implica, a su vez, que las posibilidades de valorización del capital se estrechan a medida que avanza la acumulación. ¿Por qué? Porque la tasa de ganancia —forma transfigurada de la plusvalía apropiada por cada capital individual— se calcula, no sobre la masa de capital variable puesta en movimiento, sino sobre la magnitud del capital total invertido en la producción (Marx, 2016: vol. III, cap. I). De este modo, el aumento de la composición orgánica de capital —es decir, el aumento proporcionalmente más rápido del capital constante que del capital variable— equivale, *ceteris paribus*, a un descenso relativo en la tasa de ganancia. Marx escribe:

“ (La producción capitalista), con la progresiva disminución relativa del capital variable frente al constante, engendra una composición orgánica cada vez mayor del capital global, cuya consecuencia directa es que la cuota de plusvalía se exprese en una cuota general de ganancia constantemente decreciente, aunque permanezca igual o incluso aumente el grado de explotación del trabajo. (...) La tendencia progresiva de la cuota general de ganancia a bajar no es, por tanto, más que una expresión peculiar del modo capitalista de producción, del desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo (Marx, 2016: vol. III, cap. XIII).

Aunque también identifica toda una serie de «causas contrarrestantes» (2016: vol. III, cap. XIV) a la caída tendencial de la tasa de ganancia — un aumento en la tasa de explotación del trabajo, el abaratamiento de los elementos del capital constante, etc.—, Marx considera que el proceso de acumulación desemboca, de manera más o menos inevitable, en la aparición de este fenómeno. Por tanto, la dinámica de la acumulación capitalista socava su propio funcionamiento: la burguesía necesita invertir una masa siempre creciente de capital para obtener, a cambio, una cuota de ganancia relativamente inferior.

Por último, este estrechamiento progresivo de los márgenes de valorización del capital —resultado del aumento de su composición orgánica y del correspondiente descenso de la tasa de ganancia global— genera, además, un impulso hacia la **subsunción real del trabajo bajo el capital**.

Marx distingue entre la subsunción formal y la subsunción real —conceptos de vital importancia para el marco político del MS— en su inédito del capítulo VI de *El capital* (Marx, 1971). Este manuscrito identifica la subsunción formal con la extracción de plusvalía absoluta, que tiene lugar cuando el capital subordina directa e inmediatamente el proceso de trabajo, con independencia de su forma tecnológica efectiva, a los imperativos de la acumulación. Por el contrario, identifica la subsunción real con la extracción de plusvalía relativa, que tiene lugar allí donde el capital transforma la base tecnológica del proceso de trabajo mismo para expandir, mediante una reducción del tiempo de trabajo necesario, la parte de la jornada laboral que el obrero dedica a reproducir el valor de su propia fuerza de trabajo.

Como el capital se topa, llegado cierto punto, con límites insalvables en la ampliación de la extracción de plusvalía absoluta —que sólo puede obtenerse mediante la extensión de la jornada laboral, cuyos límites físicos son evidentes—, entra en escena la subsunción real del proceso de trabajo al capital. Ahora el capital, sin necesidad de modificar la duración de la jornada laboral, puede ampliar la extracción de plusvalía relativa incrementando la productividad general del trabajo y reduciendo, por tanto, el tiempo de trabajo que el obrero tarda en suministrar un valor equivalente al de sus propios costes de reproducción.

De este modo quedan situadas, pues, algunas de las contradicciones inmanentes al modo de producción capitalista. La separación entre los productores y los medios de producción, la división del trabajo regulada por vía mercantil y el imperativo de ganancia imponen, como escenario de la acumulación, una presión competitiva que induce a las distintas fracciones individuales del capital social a desarrollar las fuerzas productivas del trabajo, dando pie, inevitablemente, a un aumento de la composición orgánica del capital, a un descenso correlativo en la tasa de ganancia y a una tendencia hacia la subsunción real del trabajo en el capital (Paço, 2019); es decir, desatando procesos que, **pese a abrir cauce a la acumulación del capital, socavan al mismo tiempo sus propias precondiciones de existencia.**

Este breve razonamiento no agota, por supuesto, ni las dinámicas generales del modo de producción capitalista ni sus contradicciones internas. De hecho, todas las ideas mencionadas han sido objeto de debate a lo largo de la historia del marxismo, y tanto su validez como su coherencia pueden ser puestas en duda. No obstante, el análisis de coyuntura del EHKS incide en varias de estas nociones: la «preponderancia de la tecnología sobre el trabajo», la «pérdida de centralidad del trabajo en la producción» o el «estancamiento de la tasa de ganancia real» son, por ejemplo, algunos de los rasgos cuya presentación teórica coincide con una lectura «ortodoxa» —y más o menos habitual dentro del movimiento comunista— de la obra de Marx.

## c. El problema de la crisis

De las contradicciones ya expuestas se sigue, de acuerdo con el MS y sus autores de referencia, una conclusión necesaria: **la crisis**. Una crisis de inusualmente largo recorrido y más que incierto futuro (Brenner, 2006; Endnotes, 2010 y 2015; Benanav y Clegg, 2014; Clover, 2016; Davis, 2018; Piqueras, 2022), puesto que, bajo la apariencia de un estancamiento prolongado, comienza a emerger el horizonte de una crisis de época que augura por fin el declive secular —y quién sabe si «terminal» (Vela, 2018; Piqueras, 2022)— del capitalismo. ¿A qué razones responde este diagnóstico de tonalidades milenaristas?

Evidentemente, desde Marx y Engels, toda la tradición marxista acostumbra a considerar que el modo de producción capitalista se encuentra atravesado por una serie de contradicciones estructurales. Esto significa que las crisis cíclicas del capital no responden a perturbaciones ajenas a sus propias leyes de movimiento, sino, al contrario, que **las crisis constituyen un resultado necesario del funcionamiento normal del capitalismo**. El desacuerdo entre las distintas familias teóricas del marxismo radica, por tanto, en su distinta interpretación tanto del carácter como de las causas de la crisis capitalista.

Clarke (1994) muestra, por ejemplo, que la teoría de la caída tendencial de la tasa de ganancia sólo adquiere carta de naturaleza como teoría canónica de la crisis durante los años 70. Hasta entonces, la ortodoxia se había situado tradicionalmente del lado de las posturas subconsumistas. Esto significa que, hablando en rigor, **no existe una teoría marxista de la crisis** —y podemos poner en duda que exista siquiera, de hecho, una teoría marxiana de la crisis, puesto que el propio Marx oscila alternativamente entre diversas explicaciones a la hora de analizar las crisis del capitalismo: la caída de la tasa de ganancia, la sobreproducción, el subconsumo o la desproporción entre sectores económicos a causa de la anarquía del mercado capitalista.

Todas estas posibilidades han sido blanco de críticas procedentes del campo mismo de la teoría marxista: la caída de la tasa de ganancia fue cuestionada con la formulación del teorema de Okishio en 1961, y el debate sobre su validez teórica permanece abierto a día de hoy (p.ej.: Heinrich, 2013; Cockshott, 2013); la teoría del subconsumo fue criticada por Tugan-Baranowski (1914), cuyas objeciones reciben eco en la literatura contemporánea (Brewer, 1990); más recientemente, también la idea de una sobreproducción basada en la competencia (Brenner, 2006) ha recibido críticas de distinto género (Foster, 1999; McNally, 1999; Ackerman, 2023).

Con independencia de las causas que cada tradición identifique a la hora de explicar el origen o el fundamento de la crisis del capital, podemos diferenciar dos grandes modos de comprensión de la misma. Algunos teóricos marxistas, adoptando una posición que Benanav y Clegg (2014) consideran más propia de Schumpeter que del propio Marx, interpretan las crisis cíclicas del capitalismo como un simple **mecanismo de autorregulación**. Desde este punto de vista, las contradicciones del proceso de acumulación, una vez superado cierto umbral, impiden que la reproducción del capitalismo siga su curso “normal”. Se impone entonces una crisis que, mediante la destrucción de valor, siembra las condiciones para una renovación del proceso de acumulación.

Otros autores, en cambio, conciben las crisis cíclicas como una especie de **preludio o ante-**

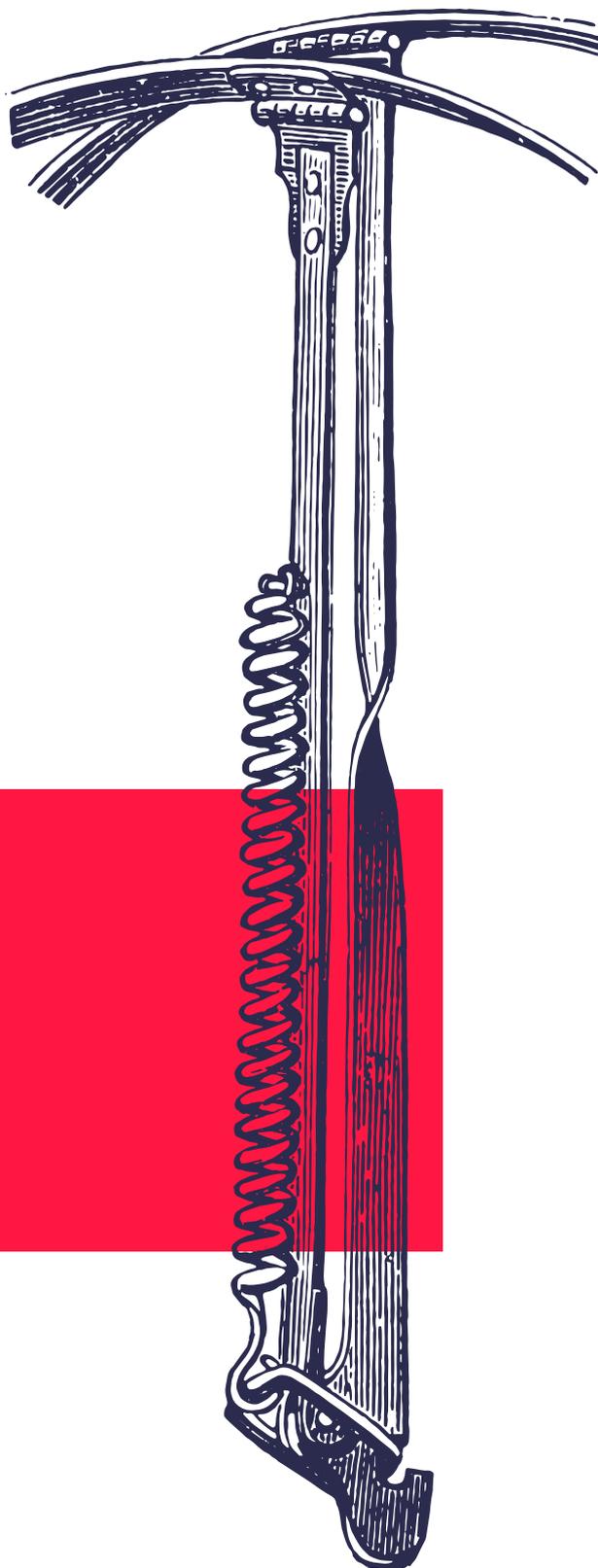
**sala** del colapso del capitalismo. Algunos, como Henryk Grossmann, llegan incluso a ensayar un cálculo de cuántos ciclos de reproducción harían falta para que el capital superase definitivamente el umbral del derrumbe económico. Bajo esta óptica, las contradicciones internas de este modo de producción no sólo conducen a fases periódicas de estancamiento y contracción, sino que nos aproximan, en última instancia, a su crisis terminal (Reese, 2023).

El enfoque de mayor influencia sobre el MS tiene más que ver con esta segunda orientación que con la primera: Brenner (2006), los Endnotes (2010, 2015), Piqueras (2022) o Benanav (2023b) adoptan una lectura de la crisis que apunta, no tanto a su carácter puntual, sino a su naturaleza consustancial a las tendencias de desarrollo a largo plazo del capitalismo. Aquí no se trata de que la acumulación del capital tenga que sufrir periódicamente momentos de contracción para retomar su curso habitual de funcionamiento. El problema radica más bien en que, a través del curso mismo de la acumulación, el modo de producción capitalista avanza hacia su declive histórico (Arteka, 2020).

¿Cae la tasa de ganancia? ¿Existe una tendencia generalizada tanto hacia el subconsumo como hacia la sobreproducción? ¿Crece el parasitismo de una economía cada vez más financiarizada? ¿Se estancan las perspectivas de crecimiento económico? Para los autores citados —y, por extensión, para el MS— probablemente sí. Pese a todo, el rasgo esencial de la crisis capitalista consiste para ellos en un **“deterioro” de las condiciones de reproducción de la relación capital-trabajo** (Endnotes, 2010 y 2015; EHKS, 2023).

Bajo este prisma, lo que vivimos hoy no sería tanto un simple bache en el camino de la acumulación capitalista mundial, sino un declive —sin contrapeso a la vista— de su marco mismo. La competencia, la sobreproducción y la baja rentabilidad (Benanav, 2023a) señalan un fenómeno más profundo: la creciente superfluidad del trabajo vivo como soporte esencial de la valorización del capital. Así, las contradicciones immanentes del capitalismo están desplazando del centro de la producción social precisamente a su única fuente de valor, esto es, al trabajo humano.

Así, las contradicciones immanentes del capitalismo estarían desplazando del centro de la producción social precisamente a su única fuente de valor, esto es, al trabajo humano. Conectando con la perspectiva de los ciclos largos, podríamos afirmar que tras las fluctuaciones coyunturales del capitalismo se viene proyectando ya, al menos desde los años 70, el descenso hacia esa «crisis histórica» proclamada por el EHKS como escenario actual de lucha.



### 3. ¿CAPITALISMO TERMINAL O CAPITALISMO EN CRISIS?

Sabemos que el poder de la teoría estriba, entre otras cosas, en su poder explicativo. Ahora bien: el poder explicativo de la teoría depende, al mismo tiempo, de su capacidad para reproducir fielmente la realidad estudiada. Ello plantea varios interrogantes. ¿Existe algún tipo de correspondencia entre esta teoría de la crisis y las condiciones objetivas del capitalismo actual? ¿Son válidas las premisas que conducen a los autores mencionados —y, a través de ellos, al MS— a afirmar la pérdida de centralidad del trabajo? En este apartado examinaremos brevemente algunos indicadores clave sobre el estado del capitalismo contemporáneo, antes de pasar, por fin, a la cuestión del trabajo.

#### a. Composición orgánica del capital

Aunque Marx preconiza un aumento tendencial de la ratio entre capital constante y capital variable, podría suceder también que un aumento sistemático en la productividad del trabajo redujese la magnitud de valor del capital constante a un nivel estacionario —o incluso decreciente— con respecto a la magnitud de valor del capital variable. Nada impediría lógicamente sostener una predicción opuesta a la del propio Marx. Debemos recurrir, por tanto, a la estimación empírica.

En este sentido, pese al abaratamiento relativo durante los últimos 50 años de los elementos que componen el capital constante (Karabarbounis y Neiman, 2013), la mayor parte de estudios disponibles coinciden en identificar una **tendencia ascendente en la tasa de composición orgánica del capital** a escala mundial (Carchedi, 2012; Roberts y Carchedi, 2021; Smith et al., 2021; Rotta y Kumar, 2023). Aunque Roberts y Carchedi afirman que la composición orgánica del capital alcanza una magnitud mayor en los países ricos que en los países pobres, la investigación de Rotta y Kumar demuestra exactamente lo contrario, a saber

que: la composición orgánica del capital descende a medida que aumenta el PIB per cápita.

Los resultados de Rotta y Kumar resultan, por lo demás, coherentes con la divergencia económica estructural entre el Norte y el Sur global. De un lado, la masa salarial de los países ricos es significativamente superior a la de los países pobres; de ahí que, incluso en condiciones de acumulación normal del capital constante, su proporción con respecto al capital variable no crezca al mismo ritmo que en la periferia. En este sentido, las tasas de formación bruta de capital fijo describen una trayectoria diametralmente opuesta desde comienzos de siglo: mientras que la tasa de los países ricos ha orbitado entre el 21-23% del PIB anual durante los últimos veinte años, la de los países de ingreso bajo y mediano ha aumentado desde el 24 hasta el 32% del PIB anual (**Gráfico 1**).

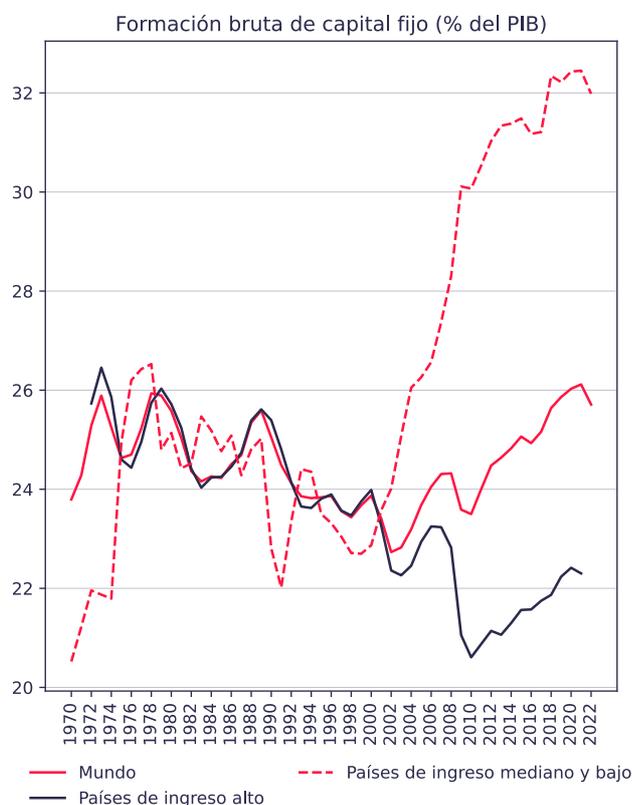


Gráfico 1. Fuente: Banco Mundial.

Teniendo en cuenta las elevadas tasas de acumulación del Sur global —que representa ya más de la mitad del PIB mundial, medido en paridad de poder adquisitivo—, junto con el desacople global desde los años 70 entre el aumento de productividad y los salarios —que constituyen una fracción estacionaria del ingreso mundial desde hace al menos quince años—, podemos concluir, efectivamente, que la composición orgánica del capital describe una trayectoria ascendente desde hace varias décadas, o, cuanto menos, que ciertos indicadores clave apuntan en dicha dirección.

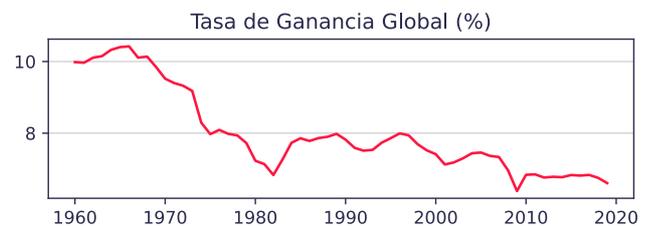
## b. Tasa de ganancia

Como ya hemos visto, de acuerdo con el razonamiento de Marx, la producción capitalista, «con la progresiva disminución relativa del capital variable frente al constante, engendra una composición orgánica cada vez mayor del capital global, cuya consecuencia directa es que la cuota de plusvalía se exprese en una cuota general de ganancia constantemente decreciente» (Marx, 2016: vol. I, cap. XIII). Es de esperar, pues, que, ante un aumento sistemático de la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia mundial haya descendido correlativamente.

Utilizando distintas fuentes y metodologías, varios estudios recientes identifican, efectivamente, una **caída tendencial de la tasa de ganancia**. Algunos emplean como referencia el movimiento de la tasa de ganancia en Estados Unidos (Carchedi, 2012; Paitaridis y Tsoulfidis, 2012; Watterton, 2023) o Europa (Fernández-Aguilera et al., 2022), mientras que otros tratan de calcular directamente la tasa de ganancia para el conjunto de la economía capitalista mundial (Li et al., 2007; Maito, 2018; Smith et al., 2021; Roberts y Carchedi, 2021; Basu et al., 2022; Rotta y Kumar, 2023). Todos ellos muestran, con independencia de la escala temporal considerada, un descenso secular en la tasa de ganancia (**Gráfico 2**).

En términos generales, la tasa de ganancia parece experimentar una tendencia favorable —ascendente, o, cuanto menos, estable— como resultado del auge económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, gracias a la reconstru-

cción europea, el desarrollo de Japón y la apertura del mundo colonial a un mercado capitalista dominado por los Estados Unidos. La recesión de los años 70, en cambio, inaugura un período de desplome de la tasa de ganancia, que alcanza su mínimo histórico en torno al año 1983. A partir de entonces se observa una recuperación relativa de la ganancia, que coincide con la etapa neoliberal del capitalismo, la caída del bloque socialista y la ofensiva económica del imperialismo contra el Sur global. Por último, la crisis de 2008 —que produce un descenso en picado de la tasa de ganancia— da cierre a este ciclo de bonanza y abre una fase donde la ganancia se mantiene estable, pero en un nivel inferior al de las décadas anteriores.



**Gráfico 2.** Fuente: <https://dbasu.shinyapps.io/World-Profitability/>

Algunos autores, por el contrario, han cuestionado empíricamente la caída tendencial de la tasa de ganancia (Jefferies, 2022; Ackerman, 2023). Aunque Jefferies aborda tan sólo el nivel de la ganancia capitalista en Estados Unidos, las objeciones metodológicas de ambos estudios son válidas también para los trabajos que calculan una tasa ponderada de ganancia mundial.

Jefferies (2022) problematiza el hecho de que los cálculos habituales de la tasa de ganancia recurran a una medida neoclásica —las estimaciones del coste de oportunidad del capital fijo—, así como la ausencia de una medida convincente de la tasa de rotación del capital. Modificando el valor del capital fijo de acuerdo con la depreciación e introduciendo un cálculo de la tasa de rotación, Jefferies determina que la tasa de ganancia de EEUU cae a comienzos de los años 80 y se mantiene más o menos estable durante los 90, pero, con la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio, aumenta sustancialmente a partir del

año 2001. De hecho, según sus cálculos, ni siquiera el colapso de la crisis financiera logra devolver la tasa de ganancia estadounidense a un nivel tan bajo como el experimentado durante los años 90.

Ackerman (2023), por su parte, también cuestiona la ausencia de un factor de depreciación convincente, lo cual hace que los estudios habituales tiendan a sobreestimar el valor del stock de capital acumulado. Así, contrastando los datos oficiales de los Estados Unidos con otras medidas de depreciación más razonables, Ackerman muestra, no un estancamiento, sino un aumento notable de la tasa de ganancia desde finales de los años 80. Más aún: según sus estimaciones, la caída registrada en la tasa de ganancia desde los años 60 puede ser atribuida íntegramente a los cambios en la medida de depreciación del stock de capital.

De este modo, tanto Jefferies como Ackerman ponen en duda el declive secular de la tasa de ganancia dentro de la principal economía capitalista de los últimos 80 años. Ackerman, además, utiliza la base de datos elaborada por Basu et al. (2022) para comprobar que, también a escala mundial, la aplicación de un factor de depreciación distinto arroja un incremento en la ratio beneficio-inversión desde el comienzo de la ofensiva neoliberal. Así pues, dada tanto la divergencia entre las distintas mediciones como sus problemas metodológicos, cabe guardar prudencia ante cualquier afirmación tajante sobre la inevitable caída de la tasa de ganancia.

Conviene, por lo demás, realizar una aclaración básica. Como acertadamente apunta el segundo dossier de *Endnotes* (2010), no es autoevidente que la caída de la tasa de ganancia deba manifestarse en el curso de la acumulación capitalista, ni, mucho menos, que deba constituir el motivo fundamental de la crisis estructural de este modo de producción. En realidad, el intento de ligar este descenso tendencial con un aumento en la composición orgánica del capital y formularlo, además, como una ley ineluctable contra el trasfondo de unas medidas contrarrestantes ni siquiera examinadas, siembra grandes dudas sobre la existencia de una “ley” estricta para la tasa de ganancia (Unlearning Economics, 2023).

## c. Perspectivas de crecimiento

De acuerdo con las reflexiones de Brenner (2006, 2009), defendidas recientemente por su discípulo Aaron Benanav (2023a, 2023b), el capitalismo se encuentra en una fase de estancamiento que dura ya desde la crisis de 1973 y que, de acuerdo con sus pronósticos, amenaza con implantarse como tendencia secular. El diagnóstico de Brenner enlaza con las teorías de ciclo largo ya examinadas: la financiarización, el parasitismo y el declive geopolítico de Estados Unidos auguran, en ausencia de un nuevo hegemon capaz de reiniciar el ciclo de acumulación capitalista a escala global, **un estado de crisis —o estancamiento— más o menos permanente** como escenario estándar del capitalismo de nuestros días. Como algunos han llegado a afirmar tajantemente: «no habrá más “eras doradas” de desarrollo capitalista» (Smith, 2023).

El EHKS también se hace eco de esta postura cuando menciona, en su diagnóstico de época, «una perspectiva de crecimiento para las siguientes décadas muy moderada e insuficiente en términos de mantenimiento del orden social burgués». Pero, ¿qué hay de cierto en dicha tesis?

La base de datos de Maddison (Bolt y van Zanden, 2020) ofrece una imagen sustancialmente distinta a la de Brenner, Benanav, *Endnotes* y el MS. La época a la que Brenner se refiere como un «largo declive», desde 1973 hasta hoy, muestra una tasa de crecimiento anual del PIB per cápita del 2,53%. Este promedio, en efecto, es claramente inferior al 3,51% del período comprendido entre 1948 y 1973, cuando el capital gozó de una salud envidiable a cuenta de factores muy específicos: impulso estatal, reconstrucción de posguerra, etc. Sin embargo, la anomalía reside precisamente en este momento de auge sin precedentes. Una mirada de más largo plazo sugiere que **nuestro tiempo no es particularmente desastroso en materia de crecimiento económico** (Ackerman, 2023). Por ejemplo, la tasa de aumento del PIB per cápita entre 1895 y 1913 —una *belle époque* para los países imperialistas— alcanzó tan sólo

una media del 1,44% anual, y, antes de los años 50 del siglo pasado, la tasa de crecimiento nunca llegó a superar la cifra del 2%. De hecho, pese a una relativa caída a finales de los años 90 y comienzos de los 2000, los datos de la pasada década se mantienen por encima de la media y la mediana históricas del último siglo y medio.

Otros estudios realizados desde la óptica de las ondas largas de Kondrátiev (Korotayev y Tsirel, 2010; Korotayev y Grinin, 2014) refrendan este análisis. Aunque la crisis de 2008 aparece como una contracción de gravedad equiparable a la de otras grandes crisis históricas, la tasa de crecimiento mundial desde 1870 no muestra un descenso pronunciado. De hecho, pese a un relativo declive tras el *boom* de los años 50 y 60, la tasa de crecimiento durante los 90 y los 2000 mantiene un nivel superior al del período comprendido entre 1870 y 1945. Así la tasa de crecimiento de la etapa 1984-2007 asciende a un 3,42% anual: más del doble que la del período 1876-1894 y más del triple que la del período 1930-1946. Incluso la bonanza de 1895-1929 presenta una tasa de crecimiento un 1% inferior a la del «largo declive» de Brenner.

Se podría contraargumentar que la financiarización de la economía hace pasar como crecimiento lo que no constituye, en realidad, más que «un consumo improductivo del ahorro, la centralización en manos de algunas empresas en forma de beneficios de capitales de quiebras y desvalorizaciones generales de otras, y la financiación y producción de ganancias virtuales» (Arteka, 2020).

Sin embargo, hay otros indicadores que sugieren que el crecimiento económico, por limitado que sea, no constituye un mero espejismo a cuenta de la financiarización. Por ejemplo, aunque la tasa de formación bruta de capital fijo desciende a su mínimo de los últimos cincuenta años en 2002, describe a partir de entonces una trayectoria ascendente hasta alcanzar el máximo de toda la serie histórica con un 26% del PIB anual en 2021 (véase Gráfico 1). El PIB por empleado —medida aproximada de la productividad del trabajo— también crece un 78,2% entre 1991 y 2022, aunque sustancialmente por debajo del 146,4% correspondiente al incremento total del PIB durante el mismo período.

En cierto modo, de hecho, la financiarización actúa más como obstáculo a la valorización del capital que como fuente de crecimiento. Atendiendo al caso de Estados Unidos —que, desde la óptica de Brenner y sus seguidores, representa el ejemplo paradigmático del estancamiento y declive secular al que se refieren—, Nitzan y Bichler (2014) descubren que los sectores productivos de su economía son más rentables y experimentan un aumento prolongado de la tasa de ganancia desde comienzos de los años 80.

Por tanto, los datos disponibles no avalan una imagen tan catastrófica como la sugerida por el EHKS. ¿Por qué unas tasas de crecimiento por encima de la media histórica del último siglo y medio —e incluso desde comienzos del XIX (Korotayev y Tsirel, 2010)— iban a ofrecer «una perspectiva de crecimiento para las siguientes décadas muy moderada» y, sobre todo, «insuficiente en términos de mantenimiento del orden social burgués»? ¿Por qué una proyección de crecimiento del PIB claramente superior a la del ciclo 1875-1945 —en torno al 3% anual (FMI, 2023)— iba a anticipar una «crisis histórica» del capital?

## d. Desindustrialización y desarrollo

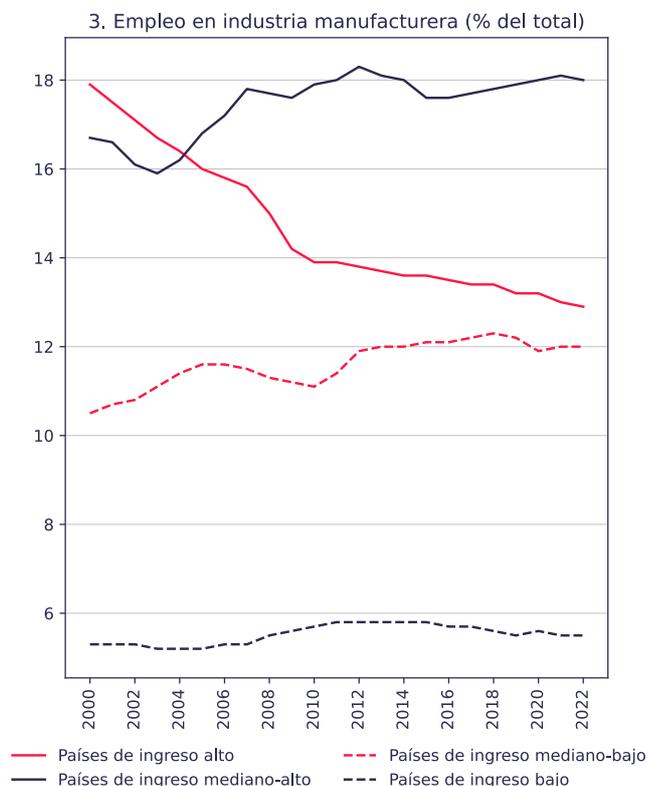
Para los autores de referencia del MS, el problema del estancamiento se mide más en términos relativos que absolutos. No se trata simplemente de la magnitud del crecimiento económico, sino de su relación con el aumento de la masa obrera. En este sentido, la crisis se refleja en unas tasas de crecimiento incapaces de garantizar el empleo —y, por tanto, unas condiciones normales de reproducción— de la fuerza de trabajo a escala mundial. La presión demográfica y la desagrarización forzada del Tercer Mundo arrojan a una masa creciente de obreros a un mercado laboral que se encuentra, no obstante, ya saturado. ¿Por qué? Porque la economía capitalista está sufriendo **un proceso de desindustrialización que limita las posibilidades de emplear a toda esta población excedentaria.**

El sector industrial presenta una serie de características que lo sitúan en una posición clave para el desarrollo económico y para la absorción de trabajo (Dasgupta y Singh, 2005). De hecho, ningún país ha llegado a ser rico —salvo muy contadas excepciones— sin alcanzar cierto umbral mínimo de industrialización (Oks y Williams, 2022). Sucede, por desgracia, que los países ricos han tirado la escalera tras de sí: además de la meteórica terciarización de las economías imperialistas, el modelo de acumulación predominante a escala mundial durante las últimas décadas está dando lugar también a una «desindustrialización prematura» en los países de ingreso bajo y mediano (Rodrik, 2016).

Los hallazgos de Rodrik identifican un descenso relativo en el pico de industrialización —no necesariamente en términos de producción, pero sí de empleo— entre el pasado y el presente. Las economías ricas llegaron a su pico de industrialización alcanzando unos niveles de empleo muy superiores a los que presentan hoy las economías en desarrollo. Países como Estados Unidos, Alemania o Japón empezaron a sufrir la desindustrialización partiendo de unos niveles de empleo industrial superiores al 25 o incluso al 30%; países como Brasil, India o Filipinas, en cambio, describen esta misma trayectoria sin haber llegado a unas cifras tan elevadas de empleo industrial (Felipe et al., 2019). Además, el aumento en la productividad del trabajo tiende a reducir la tasa de crecimiento del empleo (Heintz, 2009), generando una presión elevada sobre la capacidad de absorción de nueva mano de obra en un contexto de desarrollo tecnológico. De ahí el aspecto «prematureo» de este viraje hacia una economía basada, sobre todo, en el sector servicios.

Es importante señalar que este proceso de desindustrialización no se manifiesta en el *output* del sector industrial —que, desde el año 2000, crece al menos al mismo ritmo que el PIB (Ali y Dadush, 2019)—, sino en su cuota de empleo sobre el total. Así, según las estadísticas de la Organización Internacional del Trabajo (ILOSTAT, 2024), el empleo industrial mundial pasa del 14,6 al 13,6% entre los años 2000 y 2021. Sin embargo, los datos desagregados ofrecen un cuadro más heterogéneo: el porcentaje de empleo industrial desciende masivamente en los países de ingreso

alto —del 17,9 al 12,9%—; pero crece un 0,2% en los países de ingreso bajo, un 1,5% en los países de ingreso mediano-bajo y un 1,3% en los países de ingreso mediano-alto (**Gráfico 3**).



**Gráfico 3.** Fuente: ILOSTAT.

Podríamos vernos tentados a concluir que la desindustrialización se debe casi por completo a la terciarización de los países ricos. Sin embargo, el panorama real es más complejo: una gran parte de la creación neta de empleo industrial durante las últimas dos décadas se debe **casi exclusivamente a China** (Ali y Dadush, 2019) **y a otros pocos países con un sector industrial dinámico**, como Vietnam, Camboya o Bangladés (OWiD, 2024). En el resto del Tercer Mundo, la cuota de empleo industrial describe, en efecto, una trayectoria descendente.

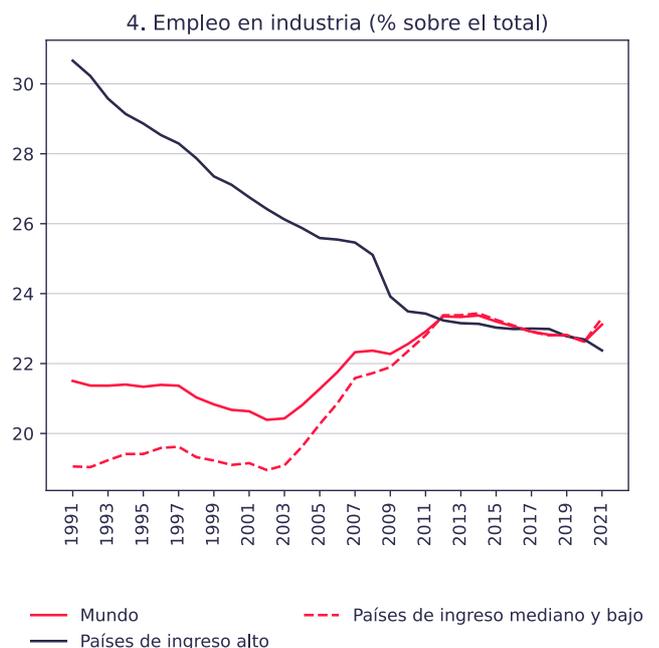
¿Cuáles son, por tanto, las perspectivas globales del empleo industrial, y, por extensión, del crecimiento económico y la absorción de los productores rurales desplazados por la ampliación de las relaciones capitalistas en los países de ingreso bajo y mediano? Haciendo a un lado las variaciones que surgen del uso de distintas fuentes estadísticas, podemos identificar una serie de tendencias fundamentales a escala

planetaria (Alcorta, 2015; Ali y Dadush, 2019; Felipe et al., 2019; Oks y Williams, 2022; Scherrer, 2022):

- **La cuota de empleo industrial cae sustancialmente entre los años 70 y 90**, debido, por un lado, al creciente parasitismo de unas economías imperialistas cada vez más terciarizadas, y, por otro, al programa de desregulación impuesto por la ofensiva neoliberal contra los gobiernos desarrollistas del Tercer Mundo.
- **La cuota de empleo industrial se mantiene estable desde entonces**, mientras que los niveles de producción aumentan a un ritmo equiparable al del crecimiento económico general. Esto sugiere, por tanto, un incremento también estable en la productividad del trabajo industrial.
- Tanto el descenso de los años 70-90 como la estabilidad posterior reflejan una dinámica de **deslocalización industrial** acelerada: la industria de los países imperialistas se desplaza hacia las economías de ingreso bajo y mediano, con el objetivo de explotar su menor coste laboral unitario y ampliar la masa de ganancia extraída (Suwandi et al., 2019). Entre 1970 y 2014, el empleo industrial desciende de 128 a 92 millones de personas en los países ricos, mientras que, en el resto del mundo, aumenta de 133 a 390 millones de personas.
- Este proceso de deslocalización oculta una **composición regional muy polarizada**: la mayor parte de países de ingreso bajo y mediano experimentan un aumento nulo o escaso en su cuota de empleo industrial —concentrado casi por completo en zonas económicas especiales—, mientras que un pequeño grupo de economías dinámicas concentra la mayor parte del crecimiento industrial a nivel mundial.
- Pese a la relativa estabilidad del empleo en industria durante las últimas dos décadas, la creación neta de nuevo empleo industrial representa tan sólo un 10% de la creación total de empleo fuera del sector agrícola. Su capacidad de absorción del trabajo desplazado por la disolución de las relaciones

tradicionales en la agricultura del Tercer Mundo no parece, pues, suficiente para evitar el aumento de un sector servicios absolutamente precario.

En resumen, la industria —principal motor de desarrollo económico durante los últimos dos siglos y medio— se encuentra en una suerte de impasse a escala sistémica. Una reindustrialización de los países imperialistas se antoja poco probable, dada su posición dentro de la división internacional del trabajo y, por consiguiente, la naturaleza específica de sus ciclos de acumulación. Tampoco el dinamismo en los países de ingreso bajo y mediano parece suficiente como para revertir, por el momento, esta tendencia hacia la disminución del peso de la industria en la estructura económica del capitalismo contemporáneo. Así pues, haciendo a un lado algunas salvedades teóricas —como el hecho de que según una categoría más amplia de industria, que computa también la minería y la construcción, el empleo lleva aumentando durante veinte años (**Gráfico 4**); o el hecho de que una cantidad relevante de “servicios” son, en realidad, segmentos externalizados del proceso industrial—, podemos convenir con el diagnóstico general sobre la desindustrialización.



**Gráfico 4.** Fuente: ILOSTAT.

# 4. SOBRE LA CENTRALIDAD DEL TRABAJO

**P**ese a todo, ninguno de los factores hasta aquí examinados augura, por necesidad, un escenario de crisis capitalista permanente o terminal. El movimiento de la composición orgánica del capital, de la tasa de ganancia, de las tasas de crecimiento económico y del sector industrial no guardan una relación unívoca entre sí, como tampoco reflejan o anuncian automáticamente el deceso histórico del modo de producción capitalista. Sea como fuere, todos estos factores juegan un papel secundario con respecto al rasgo clave de la crisis para el MS y sus autores de referencia, que consiste sobre todo, como ya dijimos, en una crisis secular de reproducción de la relación capital-trabajo.

Uno de los grandes defectos de la formulación escogida por el EHKS para expresar el sentido de esta crisis radica, sencillamente, en su ambigüedad. Un lector poco familiarizado con las fuentes de esta postura corre, por desgracia, el peligro de confundirla con las manidas teorías posmarxistas sobre la sociedad post-industrial y la desaparición del proletariado. ¿Qué significa, entonces, la «pérdida de centralidad del trabajo»? Cabe distinguir **tres posibles enfoques** a la hora de resolver este interrogante, cada uno de los cuales exige una respuesta distinta.

## a. El trabajo como fuente de valor

El primer sentido en que cabe hablar de la «centralidad del trabajo» remite a su condición como **origen o fuente de la riqueza social** producida bajo el capitalismo. Se trata aquí de una propiedad immanente al trabajo, que, junto con la tierra —o la naturaleza en general—, constituye para Marx la fuente originaria de toda riqueza (2016: vol. I, cap. XIII). En un mundo dominado por las relaciones capitalistas de producción, el trabajo social abstracto material-

zado en las mercancías adquiere la forma de valor. De este modo, la acumulación de capital tiene como premisa necesaria la extracción de un valor excedente obtenido mediante el empleo de trabajo vivo: la plusvalía.

Bajo este punto de vista, el trabajo no ha perdido un ápice de su centralidad. Las fantasías ideológicas del posmarxismo y la sociología académica en esta línea responden, no a ninguna “superación” del trabajo mediante la automatización o el desarrollo de nuevas formas de “producción”, sino, más bien, al desplazamiento del trabajo industrial —y, por tanto, del grueso de la producción de valor a escala planetaria— hacia los países del Tercer Mundo. Como ya vimos, las filas del proletariado mundial no han dejado de aumentar en términos absolutos; su trabajo, que nutre al mundo entero, ya no es periférico, sino integral a los mecanismos de acumulación propios del capitalismo de nuestros días (Smith, 2016).

Teniendo en cuenta el aumento de la productividad del trabajo, la deslocalización de la producción hacia países con una mano de obra barata y sometida a altas tasas de explotación, la desagrarización del Tercer Mundo y el crecimiento tanto de la población ocupada como del ejército industrial de reserva, la masa de valor producida por el proletariado y el campesinado mundiales no ha cesado de aumentar en términos absolutos. Si las economías imperialistas han podido sostener unos niveles crecientes de ingreso aun con una estructura centrada cada vez más en actividades improductivas (Mohun, 2014; Paitaridis y Tsoulfidis, 2012), ello se debe, casi exclusivamente, a la intensificación de la extracción imperialista de valor durante la etapa neoliberal del capitalismo (Cope, 2019; Li, 2016; Smith, 2016). Esto no equivale, por tanto, a un descentramiento, sino más bien a un **recentramiento del trabajo**: desde los países ricos hacia las economías periféricas y semi-periféricas del sistema capitalista.

Pero el EHKS no habla de la pérdida de centralidad del trabajo en este sentido, y haríamos mejor en no confundir dicha idea con las teorías posmarxistas que reniegan de la lucha de clases o de la relevancia económico-política del proletariado. De hecho, la tesis del MS apunta exactamente en la dirección opuesta: si el trabajo pierde su centralidad es porque las contradicciones internas del capitalismo tienden a socavar el fundamento mismo de su riqueza, alejando el trabajo vivo —única fuente de nuevo valor— de la producción. El problema radica precisamente en que el trabajo, que continúa siendo el soporte de la acumulación capitalista, encuentra dificultades cada vez mayores para incorporarse al proceso de valorización del capital.

## b. El trabajo como parte del capital

El segundo sentido en que cabe hablar de la «centralidad del trabajo» remite, pues, a su condición como **parte o elemento integrante del capital social total**. En este caso, dado el supuesto de que la competencia —mediante el imperativo de acumulación de ganancia— y el consiguiente desarrollo de las fuerzas productivas —necesario para la adquisición de ventajas comparativas, la conquista de cuotas de mercado y el aumento de la masa de plusvalía relativa— impliquen necesariamente un aumento en la composición orgánica del capital total, deberíamos concluir también, a la inversa, que la proporción del trabajo vivo como parte del capital total tiende invariablemente a disminuir. Así lo consideraba Marx y así lo consideran, más recientemente, los autores que examinamos en apartados anteriores.

Este proceso de desarrollo tecnológico implica que, a largo plazo, el trabajo vivo queda desplazado por una masa creciente de trabajo muerto; en otras palabras, que el capital constante aumenta a un ritmo mayor que el capital variable. El resultado inmediato de este proceso no tiene por qué ser una caída secular de la tasa de ganancia —puesto que sus «causas contrarrestantes», como indicaba Marx, son nu-

merosas y variadas—, pero sí una cierta reducción en la capacidad del capital para absorber nuevo trabajo vivo. Si las mejoras técnicas y el consiguiente aumento de la productividad del trabajo hacen que una masa creciente de medios de producción pueda ser puesta en movimiento por la misma masa de trabajo humano, o, a la inversa, que una misma masa de medios de producción pueda ser puesta en movimiento por una masa menor de trabajo humano, entonces una parte del proletariado deviene superflua o excedentaria (Gorz, 1981).

Esta postura se aproxima notablemente a los postulados del MS. En efecto, resulta difícil interpretar de otra forma afirmaciones como que «el trabajo ha sido desplazado por la tecnología» (EHKS, 2023), que «la maquinaria está llamada a sustituir de nuevo a la fuerza de trabajo», no como «vía para aumentar la productividad», sino «para reducir el gasto en fuerza de trabajo» (Arteka, 2020), o que «el aumento constante de la productividad del trabajo al que conduce el capitalismo (...) implica necesariamente la progresiva sustitución como factor determinante de la producción de trabajo humano (vivo) por tecnología y maquinaria» (EPS, 2023a).

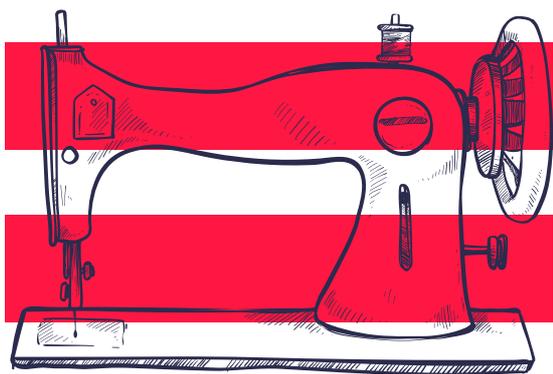
Ahora bien: **nada indica que el modo de producción capitalista vaya a seguir inevitablemente esta vía de desarrollo**. Pese al estancamiento relativo del mercado de trabajo durante las últimas décadas —sobre lo que abundaremos más adelante—, la coyuntura actual no sugiere que el trabajo humano vaya a quedar necesariamente desplazado por la automatización, ni mucho menos que el capital pueda seguir operando en condiciones de rentabilidad adecuada sin el concurso de su parte “viva”. Entre la tendencia del capitalismo a innovar por fuerza de la competencia y la conclusión de que el trabajo vivo tenderá a quedar apartado de la producción hay dos saltos lógicos injustificados, a saber:

1. Que la automatización y la innovación tecnológica resulten posibles no significa, sin embargo, que sean necesarias.
2. Que la automatización y la innovación tecnológica desplacen cierta masa de trabajo dentro de una rama o de una empresa concreta no significa, sin embargo,

que deban producir también una destrucción neta de empleo —al menos en el medio y largo plazo— a escala global.

En cuanto a estas objeciones, el razonamiento no es de orden teórico, sino histórico y empírico. Para empezar, debemos tomar en consideración el hecho de que el discurso milenarista sobre la automatización y el fin del trabajo convive con nosotros desde hace, al menos, dos siglos (Uhl, 2022). Su éxito predictivo ha sido, por el momento, escaso, puesto que dos siglos de avance tecnológico no han expulsado, sino incorporado a ingentes masas obreras al mercado de trabajo, desplazándolas desde los sectores automatizados hacia nuevas ramas de la economía. De hecho, durante los últimos 45 años, la destrucción de empleo industrial ha tenido más que ver con las grandes recesiones económicas que con la robotización de la industria (Moody, 2022).

¿Podemos estar asistiendo a un cambio de tendencia? Tal vez. **Pero hay varios elementos que nos permiten poner en duda esta caracterización.** Por un lado, el análisis no puede plegarse a un determinismo tecnológico: que la automatización de cierto sector sea tecnológicamente factible no implica que otros factores —económicos, políticos o sociales— no puedan evitar este desenlace. Por otro lado, los datos actuales tampoco refrendan una lectura catastrofista (Butollo, 2022; Moody, 2022; Pfeiffer, 2022). Contra las previsiones de dicho género (Arteka, 2020; EPS, 2023b), lo cierto es que el ritmo de implantación de robots industriales y otras tecnologías destinadas a la sustitución del trabajo humano no parece particularmente elevado. Además, las perspectivas de automatización seguirán estando limitadas mientras se prolongue un escenario internacional dominado por la inestabilidad geopolítica y económica.



Por último, retomando las pertinentes observaciones de Benanav (2019), la introducción de nuevos avances tecnológicos y la destrucción de empleo nunca han mantenido una relación directa ni evidente entre sí. La automatización de una rama industrial puede dar pie —como, de hecho, ha ocurrido durante más de dos siglos— al nacimiento de otras ramas auxiliares o simplemente a una redistribución del trabajo social hacia otros sectores. Así pues, nada excluye —salvo que supongamos que la naturaleza de las innovaciones técnicas del presente es, por alguna razón, radicalmente distinta a la de todas las revoluciones industriales del pasado (Arteka, 2020)— que el capitalismo encuentre nuevos nichos para la explotación del trabajo humano.

Sea como fuere, ante las rotundas afirmaciones del MS cabe hacerse otra pregunta más básica: ¿por qué una tendencia immanente al propio funcionamiento del capitalismo iba a «trastocar» por completo «toda la sociedad de clases»? ¿Por qué la ampliación tendencial del capital constante —o, en todo caso, de la base técnica del capital—, tras operar durante varios siglos en condiciones “normales”, iba a desembocar ahora en una crisis sistémica sin recuperación a la vista?

## c. El trabajo como relación social

Esto nos conduce al tercer —y fundamental— sentido en que cabe hablar de la «pérdida de centralidad del trabajo», que remite a su condición como **polo de la relación capital-trabajo**. Benanav y Clegg (2018), por ejemplo, afirman explícitamente —como también *Endnotes*, Clover, Davis y otros autores— que esta desintegración de la relación capital-trabajo constituye el aspecto fundamental de la crisis capitalista. El aumento en la composición orgánica del capital, el descenso en la rentabilidad de las inversiones o unas pobres tasas de crecimiento económico son, en todo caso, factores anejos al verdadero núcleo de las contradicciones del capitalismo: su tendencial incapacidad para mantener a la masa obrera dentro de los cauces normales del proceso de valorización.

Mientras que la tradición marxista ha orbitado en torno a la caída tendencial de la tasa de ganancia, la desproporción en la distribución del trabajo entre los distintos sectores de la economía o la anarquía del mercado para explicar el origen y la naturaleza de la crisis capitalista, estos autores sugieren rescatar, en cambio, aquello que Marx denomina la «ley general de la acumulación capitalista» (2016: vol. I, cap. XXIII). Esta ley identifica una **polarización creciente de la riqueza social como resultado del proceso de acumulación**. Así, la colosal magnitud de los capitales amasados por la burguesía presenta, como anverso inmediato, una igualmente colosal acumulación de miseria entre la clase de los desposeídos. De un lado, más y mayor capital; del otro, más y más proletarios arrojados a una existencia precaria.

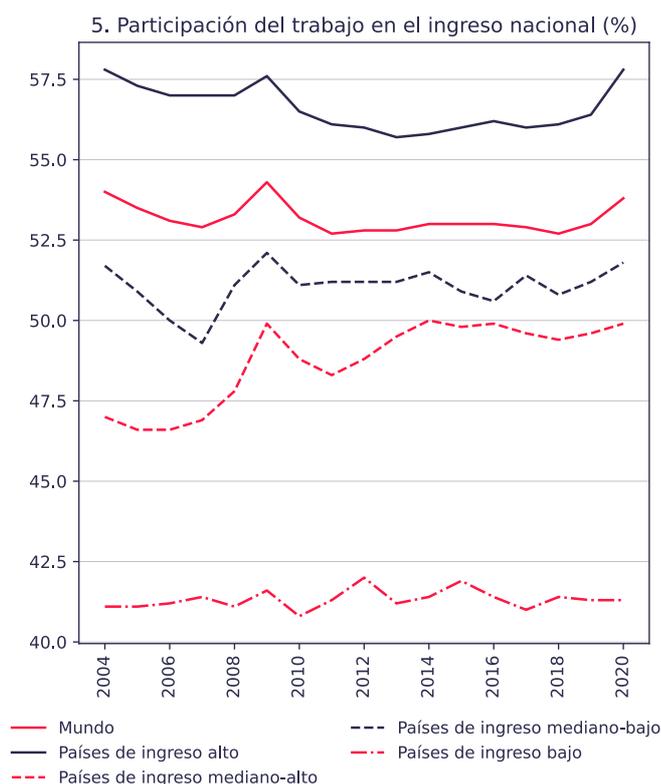
Bajo este prisma, la pérdida de centralidad del trabajo como parte de la relación capital-trabajo debe leerse en ambas direcciones. Para el trabajo, este fenómeno se traduce en una disolución de la forma específicamente capitalista de la relación laboral —el trabajo asalariado—, así como, por tanto, en una crisis de reproducción del proletariado mismo. Para el capital, este fenómeno se traduce en su incapacidad de absorber una masa de trabajo vivo suficiente para responder a sus necesidades de valorización, así como, por tanto, en una crisis general de la acumulación. ¿Cómo se manifiesta, pues, la ley general de la acumulación en el capitalismo de nuestros días? ¿Cuáles son los rasgos esenciales de esta crisis secular que supuestamente amenaza, por primera vez en la historia, con impedir el relanzamiento del ciclo de acumulación capitalista? ¿Son correctas las aseveraciones del MS y sus referentes teóricos a este respecto? Podemos contrastar su razonamiento a través del análisis y el examen de cuatro puntos fundamentales:

- **La cuota de ingreso**

Una de las maneras más evidentes para medir el progreso de la acumulación es el grado de polarización de la riqueza social. Se ha debatido largo y tendido sobre si el análisis de Marx predice una depauperación absoluta de la clase obrera a medida que avanza el capitalismo, o si, por el contrario, vaticina tan sólo su empobreci-

empobrecimiento relativo con respecto a la fortuna creciente de la burguesía (Arteka, 2022). Sobre la primera hipótesis hablaremos más adelante. Sobre la segunda, en efecto, los estudios son bastante concluyentes: la remuneración del factor trabajo a escala internacional ha disminuido sustancialmente desde los años 60 del siglo pasado. Hasta entonces, la productividad y la remuneración del trabajo describían —al menos en los países imperialistas— una trayectoria paralela. A partir de ese momento, el aumento en la productividad y los salarios se desacoplan: la masa de valor añadido crece proporcionalmente más que la remuneración del trabajo, haciendo que la cuota del ingreso percibido por la clase obrera disminuya con respecto a la cuota del ingreso percibido por el capital (OCDE, 2015).

Así, Harrison (2005) identifica una caída en la remuneración del factor trabajo entre los años 60 y 90. También Karabarbounis y Neiman (2013) documentan una caída del 5% a lo largo del período 1975-2012. Algunos estudios más recientes, curiosamente, descubren una cierta estabilización desde la crisis financiera (Andiç y Burda, 2021); aunque sus datos no llegan hasta la pandemia, otras fuentes confirman esta tendencia (**Gráfico 5**).



**Gráfico 5.** Fuente: ILOSTAT.

La distribución sectorial y geográfica de este prolongado descenso parece relativamente uniforme. Más o menos todas las ramas de la economía y la mayor parte de los países del mundo han experimentado el mismo proceso. Sólo Harrison encuentra una divergencia clara: de acuerdo con sus datos, la remuneración del trabajo disminuye en los países pobres, pero, por el contrario, aumenta significativamente para los países ricos. Como su estudio abarca tan sólo hasta los años 90, y dado el progresivo desmantelamiento de las protecciones laborales de la aristocracia obrera en occidente, cabe esperar que se haya producido cierta convergencia desde entonces.

De un modo u otro, la tendencia general no ofrece lugar a dudas: la riqueza generada a escala mundial por las masas trabajadoras — obreras o campesinas— termina por concentrarse cada vez más en manos del capital, al menos en términos absolutos. Los frutos de la producción social son distribuidos desigualmente, generando una masiva polarización de riqueza en torno a las dos grandes clases de la sociedad capitalista. Ahora bien: aunque la privación relativa del proletariado con respecto a la burguesía lleva aumentando varias décadas, esto no ofrece sino una medida todavía muy tangencial sobre el problema de la «centralidad del trabajo». Necesitamos, pues, examinar otros factores de mayor relevancia teórica.

- **La población excedente**

Ya hemos dicho que, para los autores que sitúan la crisis de reproducción de la relación capital-trabajo en el centro de su análisis, **la creación de una masa de población superflua para la valorización del capital** constituye, quizá, el rasgo predominante del capitalismo contemporáneo. Este es uno de los aspectos clave de la «pérdida de centralidad del trabajo», puesto que remite, no a un empobrecimiento relativo de los trabajadores, sino a su incapacidad para obtener medios de reproducción a través de la venta de su fuerza de trabajo; una incapacidad que nace, irónicamente, de la propia tendencia del capital a expulsar mano de obra del proceso productivo. Se trata, pues, del aspecto principal de la pérdida de centralidad del trabajo considerada,

por el momento, desde el punto de vista del capital. En este sentido, discutiendo la ley general de la acumulación capitalista, Marx describe sus efectos sobre el proletariado de la siguiente manera:

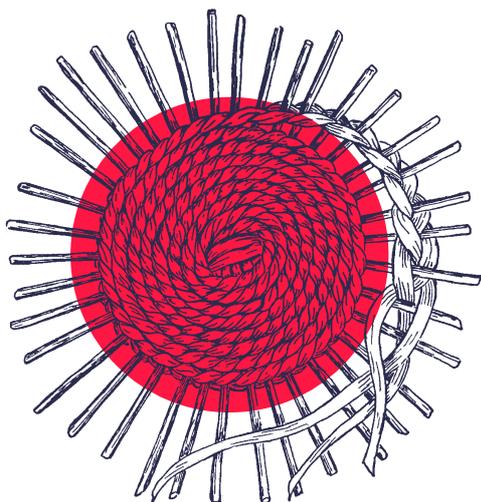
“Al crecer el capital global, crece también su parte variable, o sea, la fuerza de trabajo (que incorpora), pero en proporción constantemente decreciente. (...) Esta disminución relativa de su parte variable (...) se revela, de otra parte, por el contrario, como un crecimiento absoluto constante de la población obrera, más rápido que el del capital variable o el de sus medios de ocupación. Más bien, la acumulación capitalista produce constantemente (...) una población obrera relativamente adicional, es decir, sobrante para las necesidades medias de valorización del capital y, por tanto, superflua. (...) La población obrera produce, junto con la acumulación del capital producida por ella misma y en volumen creciente, los medios de su propio exceso relativo (Marx, 2016: vol. I, cap. XXIII).”

Para el MS (Arteka, 2020; EHKS, 2023), parece que el exceso relativo de la población obrera corre peligro de convertirse —si acaso no lo ha hecho ya— en exceso absoluto. De ahí afirmaciones como que «hoy más que nunca puede afirmarse que el trabajo vivo supone un problema para el capital» (EPS, 2023a). ¿Es válido este diagnóstico? Neilson y Stubbs (2011), por ejemplo, calculan el grado de superpoblación relativa comparando el ejército laboral activo con la población desempleada, subempleada y no empleada, descubriendo que, en efecto, la mayoría de la población mundial forma parte de esta superpoblación relativa. Davis (2018) o André Piqueras (2022) modifican la estimación numérica, pero obtienen resultados cualitativamente idénticos.

Hay que señalar, en cualquier caso, que **el problema de la superpoblación relativa no es nuevo**. Tanto la teoría desarrollista de mediados del siglo XX (Lewis, 1954) como la teoría de la dependencia (Marini, 1973) analizaban ya las penosas condiciones de existencia de las masas subempleadas del Tercer Mundo como un resultado directo de la presión demográfica sobre un mercado de trabajo incapaz de absorber a esta superpoblación relativa. Toda

una serie de factores afluyen a la constitución de esta enorme masa de personas que, a ojos del capital, llevan resultando superfluas durante casi un siglo: la desagrarización y la desindustrialización de la economía mundial, la automatización de ciertos sectores productivos, el insuficiente dinamismo de los países de ingreso bajo y mediano, la falta de protecciones sociales, etc. Los efectos de este excedente humano son, evidentemente, catastróficos. En torno a los grandes núcleos urbanos del Tercer Mundo se agolpan millones de trabajadores a los que no les espera otra cosa que el subempleo, la marginalidad y la miseria más absolutas (Davis, 2006; Breman, 2010).

Los programas de ajuste estructural del FMI, la liberalización del mercado agrícola y otras piezas clave de la ofensiva imperialista desatada durante los años 80 siguieron despojando y desplazando a millones de campesinos hacia un mercado laboral incapaz de incorporarlos en condiciones de trabajo aceptables. De este modo, el capital convierte en superflua a una parte considerable de la población mundial —especialmente en los países pobres—, ampliando tendencialmente aquello que el marxismo define como un ejército industrial de reserva; esto es, una porción del proletariado constantemente atraída y repelida del mercado de trabajo, siempre disponible para las exigencias de la valorización del capital, pero arrojada, mientras tanto, a unas condiciones de miseria insoportable. Parece incuestionable que el capitalismo mantiene una superpoblación relativa muy numerosa, concentrada fundamentalmente en el Tercer Mundo. Ahora bien: ¿cuáles son las formas concretas que adopta hoy en día este excedente humano?



## • La des-salarización

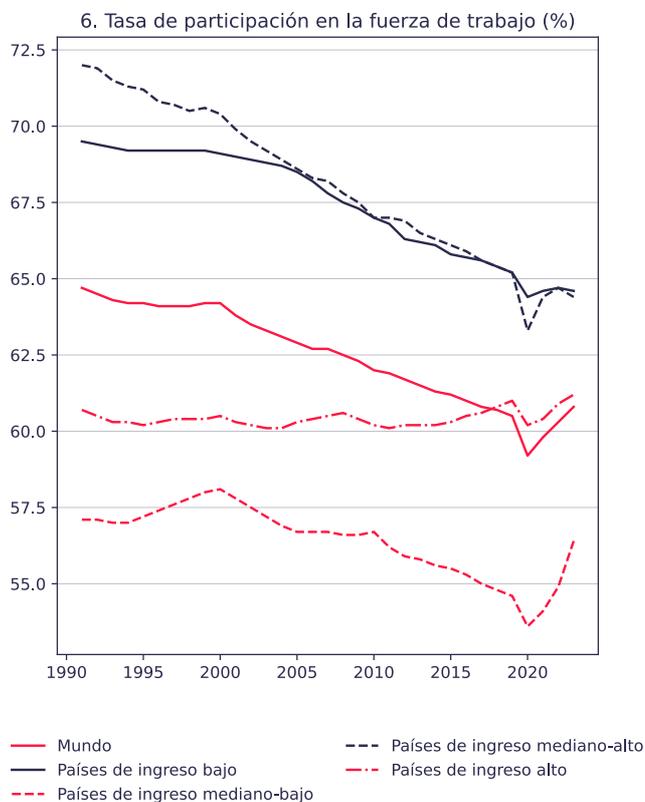
Nos encontramos aquí en el núcleo de la argumentación teórica del MS, o, cuanto menos, de aquellas tesis que justifican su apuesta política —sobre la que aquí no podemos abundar— mediante una reconsideración de la estructura de clases a escala internacional. Siguiendo el hilo argumental de Piqueras (2022), podemos identificar el aumento de la población excedente **con un proceso de «des-salarización»; esto es, con un progresivo hundimiento de la relación salarial como forma dominante de la explotación de la fuerza de trabajo por el capital.** Desde una óptica similar, Mike Davis (2018) habla más bien de una «crisis de proletarización», por cuanto que el capitalismo ha cesado de transformar a las nuevas masas de desposeídos en un proletariado al uso, conformando en su lugar una especie de semi- o subproletariado con una fisonomía muy distinta a la de la clase obrera industrial “clásica”. Nos encontramos, pues, ante el aspecto principal de la pérdida de centralidad del trabajo considerada, ahora, desde el punto de vista del trabajo.

La idea es muy sencilla: las contradicciones estructurales que han restringido la renovación del ciclo de acumulación capitalista durante las últimas décadas implican, como resultado forzoso, un declive terminal del salario como medio de reproducción de la existencia inmediata del proletariado mundial. Esta pérdida de peso de la relación salarial debería manifestarse, por tanto, en la proliferación de diversas formas de desempleo y subempleo, el aumento del sector informal de la economía y una creciente vulnerabilidad del empleo.

Piqueras cita varios estudios de la Organización Internacional del Trabajo para refrendar su tesis y proclamar que la relación salarial se halla en retroceso. La cuestión, sin embargo, resulta algo más compleja. Que el trabajo asalariado a tiempo completo —tomado como arquetipo de trabajo “normal” bajo el capitalismo— sea un fenómeno poco habitual en nuestros días es algo que está fuera de toda duda. Pero, ¿acaso supone esto un cambio con respecto al pasado? ¿Acaso este tipo de relación laboral ha tenido una mayor importancia en otras épocas del capitalismo? Y, por otro lado, ¿realmente respal-

dan los datos este diagnóstico sobre el futuro?

La **tasa de participación en la fuerza laboral** mide la proporción de la población en edad de trabajar económicamente activa. Un descenso prolongado y constante de este indicador — como ha sido el caso durante los últimos treinta años— podría sugerir que el ejército laboral activo tiende a disminuir en relación con la superpoblación relativa. Así, pese a un repunte generalizado tras la crisis pandémica, la tasa de participación mundial se sitúa hoy un 5% por debajo que en 1991, debido, sobre todo, a su declive en los países de ingreso bajo y mediano (**Gráfico 6**).



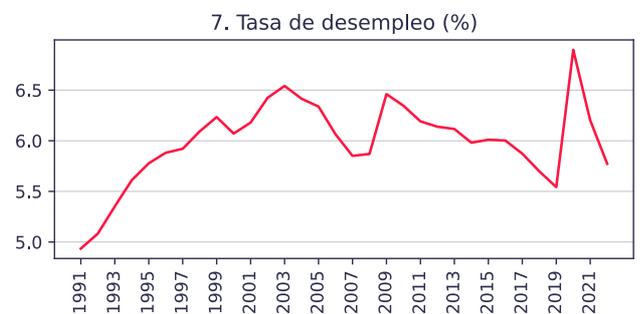
**Gráfico 6.** Fuente: ILOSTAT.

Según la OIT, la tasa de participación mundial ha descendido, efectivamente, alrededor de un 0,1-0,2% anual desde 1993 hasta 2018. Otro tanto ocurre con la ratio entre empleo y población para los mayores de 15 años, que ha descendido del 61 al 56% durante el período 1991-2022. En ambos casos la caída se debe por entero a los países de ingreso bajo y mediano, puesto que en los países de ingreso alto estas medidas se han mantenido estables o incluso han aumentado.

Pero esto no implica inequívocamente un aumento de la superpoblación relativa, puesto

que aquí también influyen de manera decisiva fenómenos como el aumento de la matriculación escolar —de hecho, la tasa de participación desciende sobre todo para la población entre 15 y 24 años— o el aumento de la esperanza de vida. La influencia de estos indicadores es coherente, por lo demás, con el patrón regional de la tasa de participación. El problema de fondo sigue en pie, ya que un aumento en la tasa de dependencia y una incorporación más tardía de la juventud al mercado laboral ejercen presión sobre el ejército activo, pero su explicación no se reduce sólo a la formación de una población económicamente superflua.

Entre los sectores que sí pertenecen a esa masa apartada de la producción a causa de los límites del capital mismo, aquel cuya posición resulta más obviamente excedentaria es el de los desempleados. **El desempleo señala a un segmento del proletariado que no logra encontrar comprador para su fuerza de trabajo**, es decir, que se encuentra temporal e involuntariamente excluido del proceso de valorización del capital. A este respecto, la tasa de desempleo mundial creció notablemente durante los años 90 y viene oscilando en torno al 6% anual desde entonces (**Gráfico 7**). En los países ricos el paro estructural acostumbra a ser mayor —con valores situados habitualmente entre el 6 y el 8%—, mientras que en los países de ingreso bajo y mediano aumentó del 4,4 al 5,9% a lo largo de los 90 y se ha mantenido estable, siempre cerca del 6%, hasta el día de hoy.



**Gráfico 7.** Fuente: ILOSTAT.

Esta medida de la superpoblación relativa, aunque importante, oculta una heterogeneidad regional en los patrones de empleo. Si los niveles de paro guardan una proporcionalidad directa con el grado de desarrollo económico de un país, ello se debe al hecho de que la pobreza

impide a la población de los países de ingreso bajo y mediano “permitirse” el desempleo. En ausencia de protecciones sociales y subsidios, las masas obreras del Tercer Mundo se ven **forzadas a trabajar para cubrir siquiera sus gastos mínimos de supervivencia**, engrosando así las filas del sector informal, de la delincuencia o de la agricultura de subsistencia. Esto significa que las cifras oficiales de desempleo sirven para disimular el auténtico excedente poblacional que existe en los países de ingreso bajo y mediano.

¿Cuál es, entonces, la magnitud del sector informal de la economía? Charmes (2012) arguye que el porcentaje de empleo informal sobre el empleo total en los sectores no agrícolas del Tercer Mundo ha aumentado regularmente desde el año 1975. El problema de este indicador es que no tiene en cuenta la agricultura, que, de acuerdo con el propio Charmes, sumaría hasta el 90% del empleo informal en los países pobres. Por tanto, sus cálculos no indican necesariamente un incremento absoluto de la informalidad, puesto que lo que ha caracterizado la evolución económica del Tercer Mundo durante las últimas décadas —salvo contadas excepciones— es precisamente la desagrarización y el desplazamiento del trabajo desde el sector agrícola hacia la industria y, sobre todo, los servicios.

Además, las estadísticas disponibles indican un proceso inverso: **la cuota de empleo informal sobre el empleo total ha decrecido en todas las regiones del mundo durante los últimos veinte años (Gráfico 8)**. Aunque la pandemia provocó un repunte de la informalidad entre 2020 y 2021, la tendencia global muestra un descenso claro. A nivel mundial, el grado de informalidad durante el período 2004-2023 ha caído desde el 62,1 al 58%; en los países de ingreso alto, del 16,3 al 12,9%; en los de ingreso mediano-alto, del 62,1 al 50,8%; en los países de ingreso mediano-bajo, del 85 al 81,5%; y en los países de ingreso bajo, del 91,8 al 88,3%.

La prevalencia del empleo informal sigue siendo masiva, y se concentra principalmente en la agricultura (Chacaltana et al., 2022), que seguía manteniendo una tasa de informalidad del 91% hace cinco años; muy por encima, pues, del 58,1% de la industria y del 48,2% del sector servi-

cios. Sólo los países ricos y las formaciones semi-periféricas ascendentes han experimentado avances reales en la regularización de su mercado de trabajo, mientras que la amplia mayoría social de los países pobres continúa vegetando en ramas de la producción completamente desprotegidas (OCDE, 2023). De hecho, a día de hoy, más de la mitad de la población trabajadora del planeta se encuentra empleada en el sector informal (OIT, 2018).

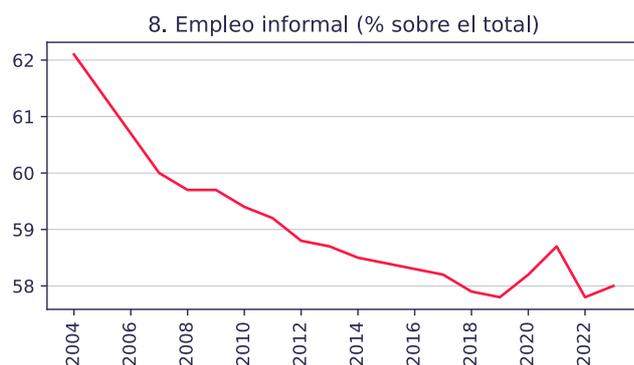


Gráfico 8. Fuente: ILOSTAT.

El indicador de empleo vulnerable —que comprende al conjunto de los trabajadores familiares no remunerados y de los trabajadores autónomos— ofrece un panorama similar. **La proporción de empleo vulnerable sobre el empleo total ha disminuido notablemente desde comienzos de siglo hasta hoy**, cayendo de un 52 a un 44% (Gráfico 9). Esto sugiere que los puestos de trabajo estructuralmente más precarios y susceptibles de abuso han decrecido a un ritmo constante durante los últimos veinte años.

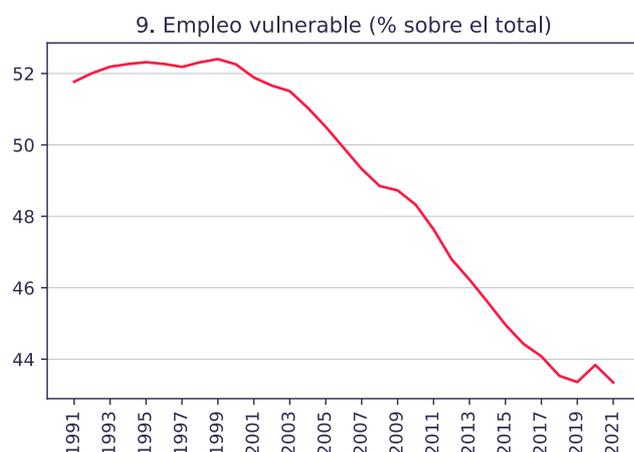
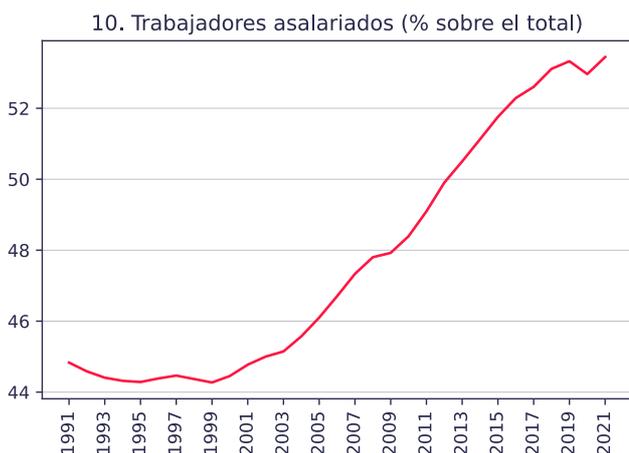


Gráfico 9. Fuente: ILOSTAT.

La reducción tendencial en el grado de vulnerabilidad e informalidad de la fuerza de trabajo —que, no obstante, mantiene todavía a la mayor parte de la población trabajadora del mundo en condiciones de gran precariedad— es consistente con el aumento observado en la tasa de asalarización durante las últimas dos décadas. Así, desde una estabilidad relativa en torno al 44-45% durante los años 90, **el porcentaje de trabajadores asalariados sobre el total ha crecido regularmente** hasta superar el 53% en el último lustro (**Gráfico 10**). Por tanto, las propias estadísticas de la Organización Internacional del Trabajo, utilizadas por Piqueras como prueba de un inevitable proceso de «des-salarización», contradicen abiertamente esta hipótesis. La forma salarial de la relación laboral no sólo no ha disminuido, sino que ha crecido a un nivel cercano al 10% en apenas veinte años.



**Gráfico 10.** Fuente: ILOSTAT.

Esta tendencia hacia la implantación generalizada del salario como medio de reproducción de la relación capital-trabajo coincide con la desagrarización del Tercer Mundo y el desarrollo de una economía predominantemente urbana —aunque todavía marcada por su carácter informal— articulada en torno al sector servicios y, en menor medida, la industria. El éxodo de la «superpoblación latente» (Marx, 2016: vol. I, cap. XXIII) expulsada de la agricultura de subsistencia e incorporada a las filas del ejército laboral activo desde los años 70-80 **no parece estar disolviendo, sino, precisamente, ampliando el alcance de la mercantilización de la fuerza de trabajo por vía de la relación salarial.**

Y las fuentes de este proceso de asalarización,

aunque menguantes, son todavía colosales: sólo un 19,2% y un 34,7% de la población de los países de ingreso bajo y mediano-bajo, respectivamente, formaban parte en 2021 de la población asalariada mundial. Por tanto, el trabajo de cientos de millones de personas sigue estando disponible para su incorporación a los circuitos de una extracción de plusvalía mediada por el salario. Naturalmente, que esta superpoblación relativa termine cayendo o no bajo el mando directo del capital depende de toda una serie de factores económicos y políticos de índole global que, como ya hemos ido explicando, no apuntan en una dirección tan clara como la que el MS y sus autores de referencia pretenden transmitir.

Podríamos plantear también, por supuesto, algunas objeciones al cuadro general que emerge de los datos de la OIT: la fiabilidad de sus estadísticas, la reducción global en la media de horas trabajadas por individuo —que sugiere la persistencia de nuevas formas de subempleo desatadas con la crisis pandémica (OIT, 2024)—, la perpetuación de unas tasas de temporalidad relativamente elevadas —estancadas en torno al 32% en los países de altos ingresos— o la progresiva disolución de las fronteras analíticas entre el trabajo formal y el informal. Sin embargo, ninguno de estos problemas afecta de manera determinante a la idea básica que aquí venimos examinando; a la idea de que, según preconiza el MS, atravesamos una crisis histórica y sin precedentes de la relación capital-trabajo.

- **La crisis de reproducción**

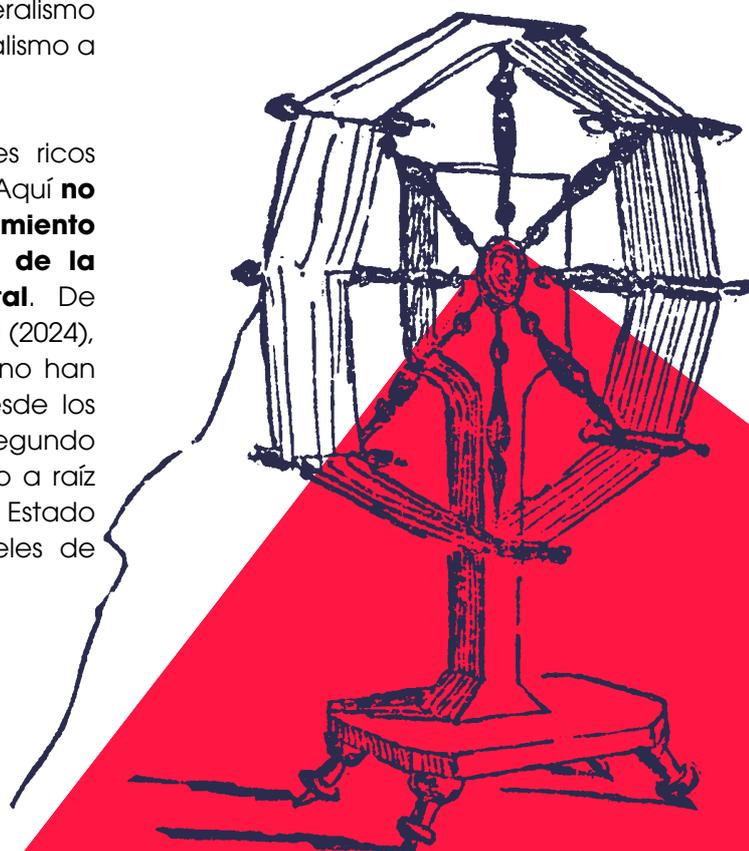
Las afirmaciones sobre la superpoblación relativa y sobre la decadencia de las formas “clásicas” de explotación capitalista configuran el marco conceptual que permite a los diversos destacamentos del MS justificar una orientación política basada en la «proletarización de las clases medias» occidentales y la imposibilidad práctica de resucitar el programa reformista (Smith, 2023). Pero existe una diferencia enorme entre declarar el fin de las aspiraciones materiales de las «clases medias» y proclamar un «hundimiento del nivel de vida de amplios sectores de la población trabajadora a nivel internacional» (EPS, 2023b).

Aquí no hablamos ya de una crisis en la reproducción de la relación capital-trabajo, sino directamente de **una crisis en la reproducción del trabajo entendido como trabajo vivo, como masa obrera, como un conjunto de individuos que necesitan cubrir diariamente sus necesidades para continuar existiendo**. En este sentido, ¿realmente se está produciendo un deterioro imparable en las condiciones de vida de la población trabajadora? ¿Realmente asistimos a un proceso, no ya de empobrecimiento relativo, sino de depauperación absoluta de la clase obrera a escala mundial?

Autores como Breman (2010), Davis (2006) y Donnelly (2019) muestran convincentemente una realidad marcada por la precariedad y la miseria entre las masas trabajadoras del Tercer Mundo, hacinadas en chabolas y sometidas a una sobreexplotación permanente en la economía informal o la agricultura de subsistencia. Donnelly, en concreto, dedica un gran esfuerzo a probar que los índices de pobreza en los países de ingreso bajo y mediano no han disminuido sustancialmente durante los últimos sesenta años, y que sólo el meteórico ascenso de China ha permitido a los apologetas del neoliberalismo camuflar la miseria impuesta por el imperialismo a lo ancho y largo del globo.

Sin embargo, la coyuntura en los países ricos ofrece un aspecto radicalmente distinto. Aquí **no encontramos tanto un empobrecimiento absoluto cuanto un deterioro relativo de la posición del trabajo frente al capital**. De acuerdo con los datos del Banco Mundial (2024), los niveles de ingreso medio y mediano no han dejado de aumentar en estos países desde los años 90. Incluso en las potencias de segundo orden, que han sufrido un mayor impacto a raíz de la crisis de 2008 y la pandemia —el Estado español o Italia, por ejemplo—, los niveles de ingreso real se mantienen estacionarios.

Por atenernos específicamente al caso español, tampoco los índices de pobreza, los salarios reales, la renta neta o el nivel de endeudamiento de los hogares han empeorado en términos absolutos durante los últimos quince años (INE, 2023; Banco de España, 2024; Banco Mundial, 2024). Por debajo de las oscilaciones temporales producidas por las dos grandes recesiones de este siglo, parece que las condiciones materiales de vida de las «clases medias» occidentales siguen distando mucho de ningún tipo de «proletarización» generalizada. Así pues, hablar del «hundimiento del nivel de vida de amplios sectores de la población trabajadora a nivel internacional» tiene sentido únicamente cuando consideramos la realidad del Tercer Mundo, pero se convierte, sin embargo, en una generalización injustificada cuando tratamos de aplicarla también a los países ricos. El relativo estancamiento de la situación económica de la aristocracia obrera y la erosión de ciertos servicios asociados al Estado del bienestar suscita, en efecto, un empobrecimiento relativo de la población trabajadora, pero no tanto —y desde luego no todavía— nada semejante a una proletarización masiva.



# 5. A MODO DE CONCLUSIÓN

**C**omo la historia del movimiento comunista prueba, pequeños errores de matiz en el plano de la teoría pueden inducir, no obstante, graves desviaciones en el plano de la práctica. Una teoría coherente y sofisticada puede, librada a algunos excesos de razonamiento o a ciertas omisiones, desembocar en una orientación política equivocada.

El MS da por válida y hace suya, sin apenas modificarla, la teoría de autores como Brenner, Benav, Piqueras, los *Endnotes* y otros tantos. Buscando un marco adecuado a su propia composición, trayectoria y voluntad política, el MS puede configurar así un armazón conceptual que sanciona el carácter cuasi-revolucionario de su existencia misma. La «proletarización de las clases medias» —encarnada precisamente en la juventud radicalizada que constituye la base social del MS—, el «agotamiento» irrecuperable del programa socialdemócrata —de cuyo seno se escinde precisamente, primero en Euskal Herria y luego en el resto del Estado español, la base militante del MS— o la «pérdida de centralidad del trabajo» —que legitima, *post festum*, una práctica militante alejada del movimiento obrero “clásico”, precisamente como la que viene desarrollando el MS— dan cuenta del afortunado encaje entre las teorías sobre el declive terminal del capitalismo y las intuiciones políticas de toda una generación de jóvenes militantes.

Este diagnóstico general de época es consistente y, contrastado con la incapacidad teórica en que vegeta el movimiento comunista, genuinamente ambiciosa. Pero su orientación de fondo, expresada en la idea de una crisis secular del capitalismo y la ruptura del metabolismo social articulado en torno a la relación capital-trabajo, **corre el peligro de escamotear o desatender la insidiosa y persistente realidad del imperialismo**. Conviene, pues, guardar algunas precauciones.

En primer término, debemos recordar que tanto

Marx como una infinidad de sus sucesores han previsto poco menos que el colapso definitivo del capitalismo. Cada generación de comunistas ha querido interpretar los conflictos de su época como un síntoma de la enfermedad terminal — ¡por fin, esta vez sí!— de un régimen de producción social moribundo. Sin embargo, y para nuestra desgracia, ninguna de sus predicciones ha dado en el clavo. Las sucesivas crisis en el modelo de acumulación capitalista — entendidas como momentos que jalonan el despliegue histórico de las contradicciones internas a este modo de producción— se han resuelto siempre de manera expeditiva y, más concretamente, por vía imperialista. Nunca deberíamos perder de vista este hecho, pues la historia, aquí, no juega de nuestra parte. Hace varias décadas, cuando muchos futurólogos profetizaban el derrumbe del capitalismo en un escenario de profunda crisis económica — acompañada por una radicalización de masas en los países occidentales, la existencia de un gigantesco bloque socialista y el empuje de los movimientos de liberación nacional en el resto del mundo—, una voz discordante advertía ya contra estos pronósticos:

“Parece que las metrópolis sufren “recesiones” cada vez más frecuentes, pero quienes observan aisladamente estas áreas de la economía imperialista pasan por alto el hecho de que las crisis sistémicas son absorbidas internacionalmente, a través del constante deterioro de la situación en las “periferias”. El imperialismo puede resistir exactamente tanto tiempo cuanto tenga pueblos “subdesarrollados” a los que sobreexplotar, cualquiera que sea la forma que tome dicha actividad en nuestra época o en el futuro (Edwards, 1978).

Así, las crisis cíclicas del capitalismo decimonónico se saldaron con una nueva pugna por el reparto colonial del mundo; la Gran Depresión se resolvió mediante la guerra y una apertura de los mercados coloniales a la explota-

ción económica, ya no de una, sino de todas las potencias imperialistas; y la recesión de los años 70, por último, encontró salida en la ofensiva neoliberal para la desregulación económica del Tercer Mundo. Nuestra coyuntura actual anticipa una ofensiva imperialista de distinto aspecto, pero magnitud comparable. Las intervenciones estadounidenses en Oriente Próximo, la expansión de la OTAN hacia las fronteras de Rusia, la guerra comercial con China o la violencia desbocada de Israel en Gaza y Cisjordania anuncian, con sangre y fuego, una nueva campaña de agresión imperialista por el dominio de los pueblos del mundo y de sus recursos humanos y naturales.

Esta embestida nace, sin duda, del impulso de una crisis estructural del sistema capitalista, que amenaza, efectivamente, con destruir las precondiciones de su funcionamiento. Pero, para el capital, no se trata sólo —o no tanto— de las tasas de crecimiento, de las perspectivas de rentabilidad o de las posibilidades de automatización. **Se trata, más bien, de la explotación y el saqueo de los países oprimidos por un orden internacional impuesto durante siglos de colonialismo; de la opresión militar, política, económica y cultural sobre cuatro quintas partes del globo.**

Por tanto, el cambio cualitativo entre el pasado y el presente no radica ni única ni principalmente en unas menores tasas de industrialización, en la imposibilidad de que la Revolución Industrial 4.0 absorba la población excedente que se amontona en los márgenes del sistema, o en un exceso de competencia destinado a estrechar el horizonte de rentabilidad del capital. El cambio cualitativo entre el pasado y el presente radica, sobre todo, en la aparición de una amenaza sistémica a la secular hegemonía del imperialismo anglo-europeo. Si, tal y como sugieren los autores aquí examinados, ni Estados Unidos ni China se encuentran en condiciones de reiniciar el ciclo de acumulación capitalista a escala mundial, ello tiene menos que ver con un exceso de capacidad industrial que con **la reducción de los flujos de riqueza que, hasta hoy, venían sustentando al capitalismo**; es decir, de los obtenidos mediante la explotación imperialista.

La radical novedad histórica de nuestro tiempo

consiste, antes que nada, en el desarrollo de una cierta paridad estratégica entre el bloque imperialista occidental y las potencias emergentes. Así, por primera vez en dos siglos, algunos países excluidos del circuito imperialista tienen la capacidad de contrarrestar con garantías de éxito la presión ejercida por los viejos centros económicos en declive. De ahí la nueva ventana de oportunidad para la independencia económica del Tercer Mundo, como también, a consecuencia de este escenario, la progresiva disminución de sus transferencias de riqueza hacia los centros imperialistas (Lauesen, 2023).

Esta, y no otra, es la causa esencial de nuestra crisis de época. Una crisis cuyo desenlace no está sujeto simplemente al libre juego de las tendencias económicas immanentes del capitalismo, **sino también, y sobre todo, al despliegue de la lucha de clases en el plano internacional.** La cuota de ganancia, la industrialización o los niveles de crecimiento no son fenómenos confinados al transparente e inmaculado terreno de la teoría: su realidad efectiva, por fortuna o por desgracia, se halla también sujeta a una compleja y cambiante constelación de alianzas de clase, con sus distintos proyectos estratégicos, con sus victorias y sus fracasos, con sus azares y sus accidentes.

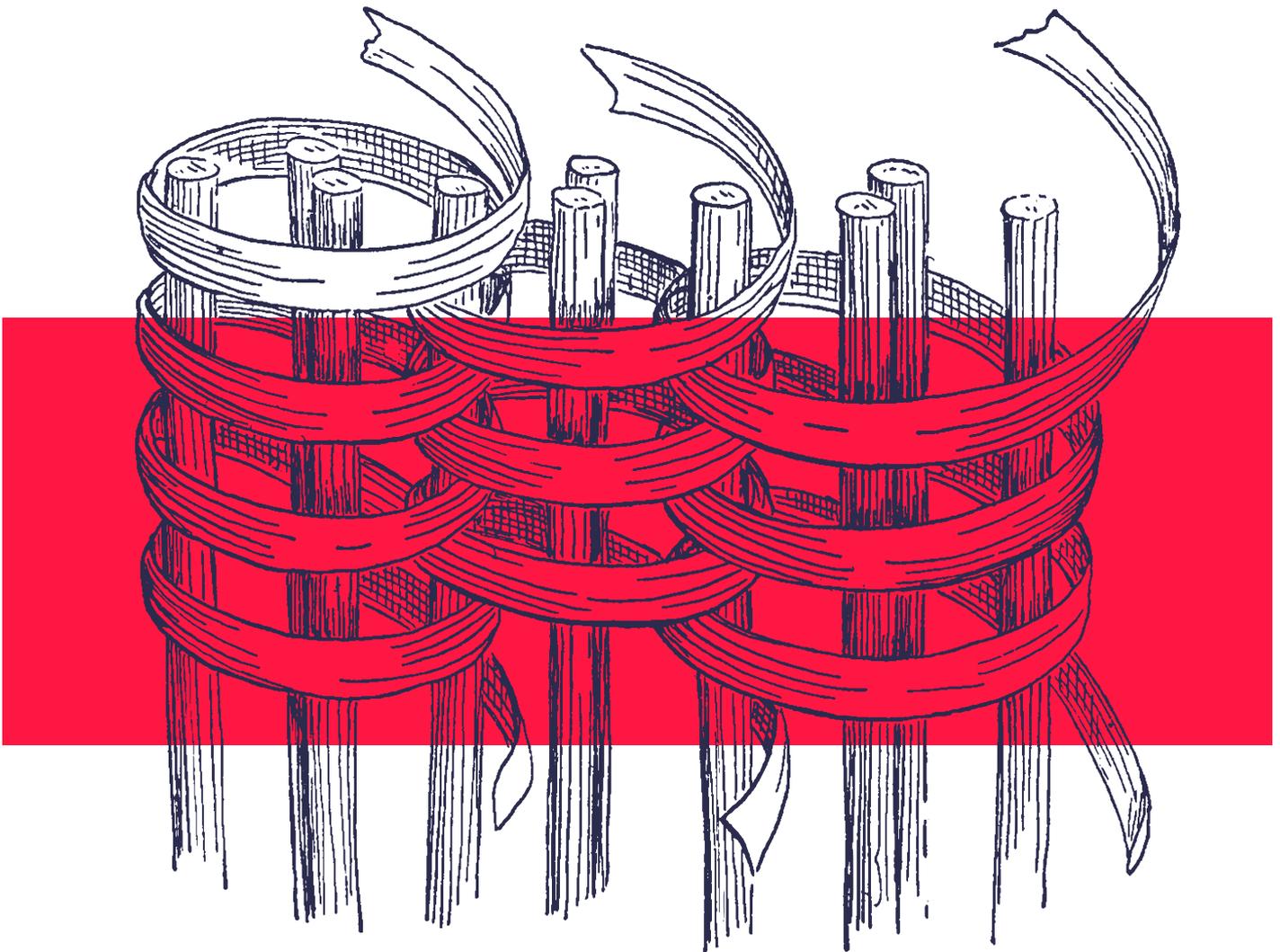
No debemos, por tanto, ni sobreestimar ni subestimar las capacidades de adaptación del capitalismo, las posibilidades de una transformación económica a escala planetaria o —¿por qué no?— la vigencia del análisis leninista de la crisis imperialista; es decir, la actualidad política tanto de la guerra como de la revolución.

¿Vivimos, entonces, un trastocamiento de la sociedad de clases edificada sobre la explotación del trabajo humano? Tal vez. ¿Se debe esta crisis a una pérdida de centralidad del trabajo? **En parte sí, pero no esencialmente.** La crisis estructural del capitalismo, que amenaza con cerrar un ciclo histórico de varios siglos de acumulación —un ciclo basado, concretamente, en la explotación internacional y una apropiación polarizada de la riqueza social—, no procede del estancamiento industrial, de la automatización o de la pérdida de centralidad del trabajo, sino, precisamente, **de la crisis del**

## **imperialismo como modelo dominante de acumulación.**

Bajo este marco, toda previsión debe partir de la prudencia teórica y de la humildad práctica. Quizá el keynesianismo de guerra impuesto en Rusia abra el camino de su reindustrialización. Quizá otros países sigan este ejemplo. Quizá la inversión y la transferencia tecnológica de China hacia los países africanos permitan generar un nuevo impulso a la subsunción real del trabajo por el capital. Quizá el renacimiento de las coaliciones desarrollistas en el Tercer Mundo estimule las tasas de rentabilidad a escala mundial. Estos procesos, por supuesto, no pueden tener lugar sobre el vacío. Sus límites ecológicos, sociales y económicos siguen dados, y, de momento, no parecen demasiado generosos. Como tampoco lo parecían —no lo olvidemos nunca— a comienzos del siglo XIX, durante la vida de Marx, en 1917 o hace cincuenta años.

En definitiva, lo que importa no es ni cuándo ni cómo se derrumbará el capitalismo; lo que importa, más bien, es cómo podemos derribarlo. Por eso, sólo una comprensión clara y rigurosa de las contradicciones que atraviesan nuestra coyuntura, de la naturaleza de esta crisis y de las tareas específicas que la realidad nos impone a los y las comunistas en cada rincón del mundo podrá, nutriendo nuestra orientación política, alumbrar el camino de la lucha revolucionaria.



# REFERENCIAS

- Ackerman, S. (2023). Robert Brenner's Unprofitable Theory of Global Stagnation. Jacobin. <https://jacobin.com/2023/09/robert-brenner-marxist-economics-falling-rate-of-profit-stagnation-overcapacity-industrial-policy>
- Alcorta, L. (2015). «Industrialization, Employment and the Sustainable Development Agenda». *Development*, 58(4): 528-539. [https://www.researchgate.net/publication/313463557\\_Industrialization\\_Employment\\_and\\_the\\_Sustainable\\_Development\\_Agenda](https://www.researchgate.net/publication/313463557_Industrialization_Employment_and_the_Sustainable_Development_Agenda)
- Ali, A.A. y Dadush, U. (2019). Manufacturing Employment, International Trade, and China. Policy Center for the New South, Research Paper 19/04. <https://www.policycenter.ma/sites/default/files/2021-01/RP%20-%2019-04%20%28Uri%20%26%20AbdelAziz%29.pdf>
- Andiç, S. y Burda, M.C. (2021). A Reversal in the Global Decline of the Labor Share? Working Paper No: 21/27 (November 2021). Central Bank of the Republic of Turkey.
- Arrighi, G. (1994). *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origins of Our Times*. Verso.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century*. Verso.
- Arteka (2020). Arteka #7. Que pare la máquina (Julio 2020). [https://gedar.eus/assets/pdf/arteka\\_zenbakia\\_k/62a921bd0bae4.Arteka7cas.pdf](https://gedar.eus/assets/pdf/arteka_zenbakia_k/62a921bd0bae4.Arteka7cas.pdf)
- Arteka (2022). Arteka #30. Encarecimiento de la vida II (Julio 2022). [https://gedar.eus/assets/pdf/arteka\\_zenbakia\\_k/63717883b4aa6.Arteka30pdfcas.pdf](https://gedar.eus/assets/pdf/arteka_zenbakia_k/63717883b4aa6.Arteka30pdfcas.pdf)
- Banco de España (2024). Encuesta Financiera de las Familias. [https://app.bde.es/efs\\_www/home?lang=ES](https://app.bde.es/efs_www/home?lang=ES)
- Banco Mundial (2024). Poverty and Inequality Platform. <https://pip.worldbank.org/home>
- Basu, D., Huato, J., Jauregui, J.L. y Wasner, E. (2022). World Profit Rates, 1960-2019. Economics Department Working Paper Series, 318. University of Massachusetts Amherst. [https://scholarworks.umass.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1322&context=econ\\_workingpaper](https://scholarworks.umass.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1322&context=econ_workingpaper)
- Benanav, A. (2014). *A Global History of Unemployment: Surplus Populations in the World Economy, 1949-2010*. UCLA. <https://escholarship.org/uc/item/7r14v2bq>
- Benanav, A. (2019). «Automation and the Future of Work — I & II». *New Left Review*, Vol. 119-120. <https://newleftreview.org/issues/ii119/articles/aaron-benanav-automation-and-the-future-of-work-1>; <https://newleftreview.org/issues/ii120/articles/aaron-benanav-automation-and-the-future-of-work-2>
- Benanav, A. (2023a). «A Dissipating Glut?». *New Left Review*, 140/141 (mayo-agosto 2023). <https://newleftreview.org/issues/ii140/articles/aaron-benanav-a-dissipating-glut>
- Benanav, A. (2023b). We're All Stagnationists Now. Jacobin. <https://jacobin.com/2023/09/robert-brenner-long-downturn-rate-of-profit-capitalism-stagnation-seth-ackerman-reply>
- Benanav, A. y Clegg, J. (2014). «Misery and debt: on the logic and history of surplus populations and surplus capital». En Pendakis et al. (eds.). *Contemporary Marxist Theory*: 585-608. [https://www.researchgate.net/publication/319667228\\_Misery\\_and\\_debt\\_on\\_the\\_logic\\_and\\_history\\_of\\_surplus\\_populations\\_and\\_surplus\\_capital](https://www.researchgate.net/publication/319667228_Misery_and_debt_on_the_logic_and_history_of_surplus_populations_and_surplus_capital)
- Benanav, A. y Clegg, J. (2018). «Crisis and immiseration: critical theory today». En Best, B., Bonfeld, W. y O'Kane, C. (eds.). *The SAGE Handbook of Frankfurt School Critical Theory*, Vol. 3: 1629-1648. <https://cominsitu.files.wordpress.com/2018/12/BenanavandClegg-CrisisandImmiseration-SAGEHandbook.pdf>
- Bolt, J. y van Zanden, J. (2020). Maddison Project Database. <https://www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/releases/maddison-project-database-2020>
- Breman, J. (2010). *Outcast Labour in Asia: Circulation and the Informalization of the Workforce at the Bottom of the Economy*. Oxford University Press.

- Brenner, R. (2006). *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from Long Boom to Long Downturn, 1945-2005*. Verso.
- Brenner, R. (2009). «What Is Good for Goldman Sachs is Good for America. The Origins of the Current Crisis». Prólogo a la edición española de *La economía de la turbulencia global*, Akal.  
<https://escholarship.org/uc/item/0sg0782h>
- Brewer, A. (1990). *Marxist Theories of Imperialism. A Critical Survey*. Routledge.
- Butollo, F. (2022). «Networked Technology and Production Networks». En Butollo, F. y Nuss, S (2022). *Marx and the Robots. Networked Production, AI and Human Labour*. Verso: 166-179.
- Carchedi, G. (2012). «From the Crisis of Surplus Value to the Crisis of the Euro». *World Review of Political Economy*, Vol. 3, nº3 (otoño 2012): 288-312.  
<https://www.scienceopen.com/hosted-document?doi=10.13169/worrevipoliecon.3.3.0288>
- Chacaltana, J., Bonnet, F. y García, J.M. (2022). Growth, economic structure and informality. ILO Working Paper, nº69.  
[https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed\\_emp/documents/genericdocument/wcms\\_849574.pdf](https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/documents/genericdocument/wcms_849574.pdf)
- Charmes, J. (2012). «The Informal Economy Worldwide: Trends and Characteristics». *Margin — The Journal of Applied Economic Research*, 6(2): 103-132.  
[https://www.researchgate.net/publication/259331356\\_The\\_Informal\\_Economy\\_Worldwide\\_Trends\\_and\\_Characteristics](https://www.researchgate.net/publication/259331356_The_Informal_Economy_Worldwide_Trends_and_Characteristics)
- Clarke, S. (1994). *Marx's Theory of Crisis*. Palgrave Macmillan.
- Clover, J. (2016). *Riot. Strike. Riot. The New Era of Uprisings*. Verso.
- Cockshott, P. (2013). «Is the Theory of a Falling Profit Rate Valid?». *World Review of Political Economy*, Vol. 4, nº3 (otoño 2013): 323-340.  
<https://www.scienceopen.com/hosted-document?doi=10.13169/worrevipoliecon.4.3.0323>
- Cope, Z. (2019). *The Wealth of (Some) Nations: Imperialism and the Mechanics of Value Transfer*. Pluto Press.
- Dasgupta, S. y Singh, A. (2005). *Will Services Be the New Engine of Economic Growth in India?* Centre for Business Research, University of Cambridge. Working Paper 310.  
<https://www.jbs.cam.ac.uk/wp-content/uploads/2023/05/cbrwp310.pdf>
- Davis, M. (2006). *Planet of Slums*. Verso.
- Davis, M. (2018). *Old Gods, New Enigmas. Marx's Lost Theory*. Verso.
- Donnelly, S. (2019). *The Lie of Global Prosperity: How Neoliberals Distort Data to Mask Poverty and Exploitation*. Monthly Review Press.
- Edwards, H.W. (1978). *Labor Aristocracy, Mass Base of Social Democracy*. Aurora.
- Endnotes (2010). «Crisis in the Class Relation» y «Misery and Debt». En *Endnotes #2: Misery and the Value Form*.  
<https://endnotes.org.uk/articles/crisis-in-the-class-relation>
- Endnotes (2015). «A History of Separation» y «An Identical Abject-Subject?». En *Endnotes #4: Unity in Separation*.  
<https://endnotes.org.uk/issues/4>
- EHKS (2023). Nueva estrategia socialista. Bases estratégicas para la composición internacional del comunismo.  
<https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf>
- EPS (2023a). Reestructuración capitalista, restauración borbónica y recomposición de clase.  
<https://crisismedio.com/2023/07/20/avances-de-la-propuesta-socialista-mas-alla-del-23j/>
- EPS (2023b). Avanzando en el proceso socialista: un mundo por construir.  
<https://crisismedio.com/2023/08/23/avanzando-en-el-proceso-socialista-un-mundo-por-construir/>
- Felipe, J., Mehta, A. y Rhee, C. (2019). «Manufacturing matters... but it's the jobs that count». *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 43, nº1 (enero 2019): 139-168.  
<https://www.adb.org/sites/default/files/publication/149984/ewp-420.pdf>
- Fernández-Aguilera, V.M., Amate-Fortes, I. y Guarnido-Rueda, A. (2022). «Analysis of the Law of Falling Rate of Profit: European Case». *Politická ekonomie*, 2022, 70(2): 193-208.  
<https://polek.vse.cz/pdfs/pol/2022/02/03.pdf>
- FMI (2023). *World Economic Outlook Update (Julio 2023)*. Fondo Monetario Internacional.
- Foster, J.B. (1999). «Is Overcompetition the Problem?». *Monthly Review*, Vol. 51, nº2 (junio 1999).  
<https://monthlyreview.org/1999/06/01/is-overcompetition-the-problem/>

- Gorz, A. (1981). Adiós al proletariado (Más allá del socialismo). El Viejo Topo.
- Harrison, A. (2005). Has Globalization Eroded Labor's Share? Some Cross-Country Evidence. MPRA Paper, n°39649. [https://mpra.ub.uni-muenchen.de/39649/1/MPRA\\_paper\\_39649.pdf](https://mpra.ub.uni-muenchen.de/39649/1/MPRA_paper_39649.pdf)
- Heinrich, M. (2013). «Crisis Theory, the Law of the Tendency of the Profit Rate to Fall, and Marx's Studies in the 1870s». *Monthly Review*, Vol. 64, n°11 (abril 2013). <https://monthlyreview.org/2013/04/01/crisis-theory-the-law-of-the-tendency-of-the-profit-rate-to-fall-and-marxs-studies-in-the-1870s/>
- Heintz, J. (2009). Employment, economic development and poverty reduction: Critical issues and policy challenges. UNRISD. <https://socialprotection.org/fr/discover/publications/employment-economic-development-and-poverty-reduction-critical-issues-and>
- ILOSTAT (2024). <https://ilostat.ilo.org/>
- INE (2023). Encuesta de Condiciones de Vida. [https://www.ine.es/prensa/ecv\\_2022.pdf](https://www.ine.es/prensa/ecv_2022.pdf)
- Jefferies, W. (2022). «The US rate of profit 1964-2017 and the turnover of fixed and circulating capital». *Capital & Class*, 47(2): 267-289.
- Karabarbounis, L. y Neiman, B. (2013). The Global Decline of the Labor Share. Working Paper 19136. National Bureau of Economic Research. <http://piketty.pse.ens.fr/files/KarabarbounisNeiman13.pdf>
- Korotayev, A. y Grinin, L. (2014). «Kondratieff Waves in the Global Studies Perspective». *Globalistics and Globalization Studies*: 65-98.
- Korotayev, A. y Tsirel, S. (2010). «A Spectral Analysis of World GDP Dynamics: Kondratieff Waves, Kuznets Swings, Juglar and Kitchin Cycles in Global Economic Development, and the 2008-2009 Economic Crisis». *Structure and Dynamics*, 4(1).
- Lauesen, T. (2023). «The Principal Contradictions in the History of Capitalism». *Journal of Labor and Society* (2023): 1-38.
- Lewis, A. (1954). «Economic Development with Unlimited Supplies of Labour». *The Manchester School*, Vol. 22, n°2: 139-191.
- Li, M. (2008). *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World-Economy*. Pluto Press.
- Li, M. (2016). *China and the 21st Century Crisis*. Pluto Press.
- Li, M., Xiao, F. y Zhu, A. (2007). «Long Waves, Institutional Changes, and Historical Trends: A Study of the Long-Term Movement of the Profit Rate in the Capitalist World-Economy». *Journal of World-Systems Research*, Vol. 13, n°1: 33-54. <https://jwsr.pitt.edu/ojs/jwsr/article/view/360/372>
- Maito, E.E. (2018). «The Tendency of the Rate of Profit to Fall since the Nineteenth Century and a World Rate of Profit». En Carchedi, G. y Roberts, M. (2018). *World in Crisis. A Global Analysis of Marx's Law of Profitability*. Haymarket Books.
- Mandel, E. (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Siglo XXI.
- Marini, R.M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. Ediciones Era.
- Marx, K. (1971). *El capital*. Libro I. Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción. Siglo XXI.
- Marx, K. (2016). *El capital*. Akal.
- McNally, D. (1999). «Turbulence in the World Economy». *Monthly Review*, Vol. 51, n°2 (junio 1999). <https://monthlyreview.org/1999/06/01/turbulence-in-the-world-economy/>
- Mohun, S. (2014). «Unproductive Labor in the US Economy 1964-2010». *Review of Radical Political Economics*, 46(3): 355-379. [https://www.researchgate.net/publication/270640767\\_Unproductive\\_Labor\\_in\\_the\\_US\\_Economy\\_1964-2010](https://www.researchgate.net/publication/270640767_Unproductive_Labor_in_the_US_Economy_1964-2010)
- Moody, K. (2022). «High Tech, Low Growth: Robots and the Future of Work». En Butollo, F. y Nuss, S (2022). *Marx and the Robots. Networked Production, AI and Human Labour*. Verso: 111-130.
- Nitzan, J. y Bichler, S. (2014). «Can Capitalists Afford Recovery? Three Views on Economic Policy in Times of Crisis». *Review of Capital as Power*, Vol. 1, n°1: 110-155. [https://www.econstor.eu/bitstream/10419/157913/1/bna-414\\_20141000\\_can\\_capitalists\\_afford\\_recover\\_y\\_recasp.pdf](https://www.econstor.eu/bitstream/10419/157913/1/bna-414_20141000_can_capitalists_afford_recover_y_recasp.pdf)
- OCDE (2015). *The Labour Share in G20 Economies*. Report prepared for the G20 Employment Working Group, Antalya, Turkey, 26-27 February 2015. <https://www.oecd.org/g20/topics/employment-and-social-policy/The-Labour-Share-in-G20-Economies.pdf>

- OCDE (2015). The Labour Share in G20 Economies. Report prepared for the G20 Employment Working Group, Antalya, Turkey, 26-27 February 2015. <https://www.oecd.org/g20/topics/employment-and-social-policy/The-Labour-Share-in-G20-Economies.pdf>
- OCDE (2023). Informality and Globalisation: In Search of a New Social Contract. OECD Publishing. <https://read.oecd.org/10.1787/c945c24f-en?format=pdf>
- OIT (2018). Mujeres y hombres en la economía informal: un panorama estadístico (tercera edición). Organización Internacional del Trabajo.
- OIT (2024). World Employment and Social Outlook. Trends 2024. Organización Internacional del Trabajo.
- Oks, D. y Williams, H. (2022). «The Long, Slow Death of Global Development». *American Affairs*, Vol. IV, n°4: 122-150. <https://americanaffairsjournal.org/2022/11/the-long-slow-death-of-global-development/>
- OWID (2024). Manufacturing jobs as a share of total employment. Our World in Data. <https://ourworldindata.org/grapher/manufacturing-share-of-total-employment>
- Paço, E. (2019). The Great Convergence to Machine System: An Outline of Inflectionist Analysis of Organisation of Production after 1970s Crisis. XLIII Encontro da ANPAD. [https://www.researchgate.net/publication/336460647\\_The\\_Great\\_Convergence\\_to\\_Machine\\_System\\_An\\_Outline\\_of\\_Inflectionist\\_Analysis\\_of\\_Organisation\\_of\\_Production\\_after\\_1970s\\_Crisis](https://www.researchgate.net/publication/336460647_The_Great_Convergence_to_Machine_System_An_Outline_of_Inflectionist_Analysis_of_Organisation_of_Production_after_1970s_Crisis)
- Paitaridis, D. y Tsoulfidis, L. (2012). «The Growth of Unproductive Activities, the Rate of Profit, and the Phase-Change of the US Economy». *Review of Radical Political Economics*, 44(2): 213-233.
- Pfeiffer, S. (2022). «Productive Power in Concrete Terms. Lightweight collaborative robots and their difficult beginnings». En Butollo, F. y Nuss, S (2022). *Marx and the Robots. Networked Production, AI and Human Labour*. Verso: 131-149.
- Piqueras, A. (2022). De la decadencia de la política en el capitalismo terminal. Un debate crítico con los "neo" y los "post" marxismos. También con los movimientos sociales. *El Viejo Topo*.
- Reese, T. (2023). Capitalism in terminal decline: the compelling empirical data trends. <https://grossmanite.medium.com/capitalism-in-terminal-decline-the-compelling-empirical-data-trends-4c409459bdfc>
- Roberts, M. y Carchedi, G. (2021). «The Economics of Modern Imperialism». *Historical Materialism* (2021): 1-47. [https://www.researchgate.net/publication/357210363\\_The\\_Economics\\_of\\_Modern\\_Imperialism](https://www.researchgate.net/publication/357210363_The_Economics_of_Modern_Imperialism)
- Rodriguez, F. y Jayadev, A. (2010). The Declining Labor Share of Income. *Human Development Research Paper 2010/36*. United Nations Development Programme. [https://www.researchgate.net/publication/228914133\\_The\\_Declining\\_Labor\\_Share\\_of\\_Income](https://www.researchgate.net/publication/228914133_The_Declining_Labor_Share_of_Income)
- Rodrik, D. (2016). «Premature deindustrialization». *Journal of Economic Growth*, Vol. 21(1): 1-33. [https://ideas.repec.org/a/kap/jecgro/v21y2016i1d10.1007\\_s10887-015-9122-3.html](https://ideas.repec.org/a/kap/jecgro/v21y2016i1d10.1007_s10887-015-9122-3.html)
- Rotta, T. y Kumar, R. (2023). «Was Marx right? Development and exploitation in 43 countries, 2000-2014». *Structural Change and Economic Dynamics* 69 (2024): 213-223. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0954349X23001753>
- Scherrer, C. (2022). «Surplus Labour. Imperialist Legacies and Post-Imperialist Practices». En Cope, Z. y Ness, I. (2022). *The Oxford Handbook of Economic Imperialism*. Oxford University Press: 267-284.
- Schlogl, L. y Sumner, A. (2020). *Disrupted Development and the Future of Inequality in the Age of Automation*. Palgrave Macmillan.
- Smith, J. (2016). *Imperialism in the Twenty-First Century*. Monthly Review Press. [https://resistir.info/livros/imperialism\\_john\\_smith\\_.pdf](https://resistir.info/livros/imperialism_john_smith_.pdf)
- Smith, J.E. (2017). *Nowhere to Go: Automation, Then and Now*. The Brooklyn Rail. <https://brooklynrail.org/2017/03/field-notes/Nowhere-to-Go>
- Smith, J.E. (2020). *Smart Machines and Service Work. Automation in an Age of Stagnation*. Reaktion Books.
- Smith, M., Butovsky, J. y Watterton, J. (2021). *Twilight Capitalism: Karl Marx and the Decay of the Profit System*. Fernwood Publishing.

- Smith, T. (2023). «Más allá de la socialdemocracia: lo que el capital es, y en lo que el capitalismo se ha convertido». Marx XXI - Contra la socialdemocracia (II): 231-245. <https://contracultura.cc/wp-content/uploads/2023/08/Mas-alla-de-la-socialdemocracia-Tony-Smith.pdf>
- Suwandi, I., Jonna, R.J. y Foster, J.B. (2019). «Global Commodity Chains and the New Imperialism». Monthly Review, Vol. 70, n°10 (Marzo 2019). <https://monthlyreview.org/2019/03/01/global-commodity-chains-and-the-new-imperialism/>
- Tugan-Baranowski, M. (1914). Las crisis industriales en Inglaterra. La España moderna.
- Uhl, K. (2022). «A Long History of the 'Factory without People'. Visions of automation and technological change in the twentieth century». En Butollo, F. y Nuss, S (2022). Marx and the Robots. Networked Production, AI and Human Labour. Verso: 63-75.
- Unlearning Economics (2023). The Astonishingly Poor Empirics of the Tendency of the Rate of Profit to Fall. <https://unlearnecon.medium.com/the-astonishingly-poor-empirics-of-the-tendency-of-the-rate-of-profit-to-fall-a9d062d0dc64>
- Vela, C. (2018). Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva. Traficantes de Sueños. [https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map48\\_Vela\\_web\\_0.pdf](https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map48_Vela_web_0.pdf)
- Watterton, J.J. (2023). «Profitability and Its Determinants: Operationalizing the 'Law of the Tendency of the Rate of Profit to Fall' in the US Economy, 1950-2020». Critical Sociology, Vol. 49(7-8): 1173-1188.

 *iniciativa*  
***comunista***